

Antonio y Cleopatra

Por

William Shakespeare

Freeditorial 

DRAMATIS PERSONAE

Marco ANTONIO

Octavio CÉSAR, LÉPIDO: triunviros

CLEOPATRA, reina de Egipto

CARMIA, EIRA: damas de Cleopatra

ALEXAS, MARDIÓN, DIOMEDES, SELEUCO: criados de Cleopatra

OCTAVIA, hermana de Octavio César y esposa de Antonio

DEMETRIO

FILÓN

Domicio ENOBARBO

VENTIDIO

SILIO

EROS

CANIDIO

ESCARO

DERCETO } amigos y partidarios de Antonio

MECENAS

AGRIPA

TAURO

DOLABELA

TIDIAS

GALO

PROCULEYO } amigos y partidarios de César

Sexto POMPEYO, adversario de los triunviros

MENÉCRATES

MENAS

VARIO } amigos de Pompeyo

ADIVINO

RÚSTICO

Embajadores, mensajeros, capitanes, soldados, criados.

ACTO PRIMERO

ESCENA I

Entran DEMETRIO y FILÓN.

FILÓN

Sí, pero este loco amor de nuestro general
desborda el límite. Esos ojos risueños,
que sobre filas guerreras llameaban
como Marte acorazado, dirigen
el servicio y devoción de su mirar
hacia una tez morena. Su aguerrido pecho,
que en la furia del combate reventaba
las hebillas de su cota, reniega de su temple
y es ahora el fuelle y abanico
que enfría los ardores de una egipcia.

[Clarines. Entran ANTONIO, CLEOPATRA con sus damas CARMIA y EIRA, el séquito y eunucos abanicándola.]

Mira, ahí vienen.

Presta atención y verás
al tercer pilar del mundo transformado
en juguete de una golfa. Fíjate bien.

CLEOPATRA

Si de veras es amor, dime cuánto.

ANTONIO

Mezquino es el amor que se calcula.

CLEOPATRA

Mediré la distancia de tu amor.

ANTONIO

Entonces busca cielo nuevo y tierra nueva.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO

Señor, noticias de Roma.

ANTONIO

Me chirrían. Resúmelas.

CLEOPATRA

No, Antonio, óyelas bien.

Quizá Fulvia esté enfadada, o quién sabe
si el imberbe César no te cursa
alguna orden soberana: «Haz esto o aquello;
conquista este reino y libera este otro.
Obedece o te castigo.»

ANTONIO

¿Decías, amor?

CLEOPATRA

Quizá, no: lo más seguro.
No te quedes más aquí; César
ordena tu relevo, así que óyelo, Antonio.
¿Y la orden de Fulvia, digo de César? ¿De ambos?
¡Pasen los mensajeros! Como que soy reina de Egipto,
te has sonrojado, Antonio, y tu sangre
es vasalla de César; si no, tributa rubor
cuando Fulvia riñe a gritos. ¡Los mensajeros!

ANTONIO

¡Disuélvase Roma en el Tíber y caiga
el ancho arco del imperio! Mi sitio es éste.

Los reinos son barro, y la tierra con su estiércol
mantiene a bestias y a hombres. Lo grandioso
de la vida es hacer esto, cuando una pareja
tan unida puede hacerlo. Por lo cual,
¡bajo castigo reconozca el mundo entero
que somos inigualables!

CLEOPATRA

¡Admirable engaño!
¿Se ha casado con Fulvia y no la quiere?
No soy la boba que parezco, y Antonio
no va a cambiar.

ANTONIO

... si no lo excita Cleopatra.
Por amor del Amor y sus tiernas horas,
no perdamos el tiempo con disputas.
Que no corra un minuto más de vida
sin algún placer. ¿Qué diversión hay esta noche?

CLEOPATRA

Atiende a los embajadores.

ANTONIO

¡Quita allá, discutidora!
A ti todo te cuadra: reñir, reír,
llorar; en ti toda emoción
pugna por hacerse bella y admirada.
¡Nada de mensajeros! Los dos solos
pasearemos esta noche por las calles
observando a las gentes. ¡Vamos, reina mía!
Anoche lo deseabas. [Al MENSAJERO] ¡No me hables!
[Salen ANTONIO y CLEOPATRA con su séquito.]

DEMETRIO

¿Tan poco caso le hace Antonio a César?

FILÓN

A veces, cuando no es Antonio
deja muy atrás la distinción
que siempre debe acompañarle.

DEMETRIO

Me apena que confirme los rumores
que corren sobre él en Roma, aunque espero
que obrará mejor mañana. Queda en paz.

Salen.

ESCENA II

[Entran ENOBARBO con otros oficiales romanos, un ADIVINO, CARMIA, EIRA, MARDIÓN el eunuco y ALEXAS.]

CARMIA

Gran Alexas, buen Alexas, archi-todo Alexas, casi perfectísimo Alexas,
¿dónde está el adivino que tanto has alabado ante la reina? ¡Si yo supiera
quién será el marido que, según tú, llevará los laureles en los cuernos!

ALEXAS

¡Adivino!

ADIVINO

¿Qué deseas?

CARMIA

¿Es éste? ¿Eres tú el que conoce el porvenir?

ADIVINO

En el libro infinito de Natura
sé leer algún secreto.

ALEXAS

Enséñale la mano.

ENOBARBO

¡Traed ya los postres! Y no falte vino
para beber a la salud de Cleopatra.

CARMIA

Buen señor, dame la buena ventura.

ADIVINO

No la doy, la digo.

CARMIA

Pues dímela.

ADIVINO

Estarás mejor de lo que estás.

CARMIA

Quiere decir de carnes.

EIRA

No, te pintarás cuando seas vieja.

CARMIA

¡Que no vengan arrugas!

ALEXAS

No importunéis su presciencia. Atended.

CARMIA

¡Chss...!

ADIVINO

Serás más amante que amada.

CARMIA

Prefiero calentarme con bebida.

ALEXAS

¡Escúchale!

CARMIA

¡Vamos con la buena ventura! Que me case por la mañana con tres reyes
para enviudar de todos. Que tenga un hijo a los cincuenta al que rinda

homenaje Herodes de Judea. Adivina que me caso con Octavio César y me igualo a mi señora.

ADIVINO

Vivirás más tiempo que tu ama.

CARMIA

¡Magnífico! La vida larga me gusta más que el plátano.

ADIVINO

Has visto y vivido mejor suerte
de la que llegará.

CARMIA

Entonces quizá no tengan nombre mis hijos. Dime, ¿cuánta familia he de tener?

ADIVINO

Si todos tus deseos tuvieran vientre
y todos fueran fecundos, un millón.

CARMIA

¡Quita, necio! Te perdono lo de mago.

ALEXAS

Te crees que sólo tus sábanas conocen tus deseos.

CARMIA

Vamos, ahora díselo a Eira.

ALEXAS

Todos queremos saber nuestra suerte.

ENOBARBO

Esta noche la mía y la de casi todos será acostarnos borrachos.

EIRA

Si no otra cosa, esta mano anuncia castidad.

CARMIA

Claro, y el Nilo desbordado anuncia hambruna.

EIRA

Calla, loca, que no sabes adivinar.

CARMIA

Pues si una mano húmeda no indica fecundidad, yo no sé arrimar la oreja.
— Anda, dile una fortuna bien corriente.

ADIVINO

Las vuestras son iguales.

EIRA

Pero, ¿cómo, cómo? Explica.

ADIVINO

He dicho.

EIRA

¿Mi suerte no va a ser una pizca mejor que la suya?

CARMIA

Y si fuera a ser una pizca mejor que la mía, ¿dónde la meterías?

EIRA

En la nariz de mi marido, no.

CARMIA

¡De pensar mal nos libre el cielo! Alexas... ¡Vamos, su buena ventura!
¡Que se case con una que no llegue, te lo pido, buena Isis, y que se muera pronto, y dale otra peor, y luego otra peor, hasta que la peor le siga riéndose a la tumba, cincuenta veces cornudo! ¡Buena Isis, concédeme esta súplica, aunque me niegues algo más valioso! ¡Buena Isis, te lo imploro!

EIRA

Así sea. ¡Diosa querida, atiende la plegaria de tu pueblo! Pues, así como da pena ver a un hombre apuesto casado con una impúdica, también es doloroso ver a un tipo horrible sin cuernos. Así que, buena Isis, obra en razón y dale la suerte adecuada.

CARMIA

Así sea.

ALEXAS

¿Sabéis? Si estuviera en sus manos ponerme los cuernos, aunque tuvieran que hacerse putas, lo harían.

ENOBARBO

¡Chss...! Aquí viene Antonio.

Entra CLEOPATRA.

CARMIA

Él no, la reina.

CLEOPATRA

¿Habéis visto a mi señor?

ENOBARBO

No, señora.

CLEOPATRA

¿No estaba aquí?

CARMIA

No, señora.

CLEOPATRA

Estaba de ánimo alegre, y de pronto

le da por pensar en Roma. ¡Enobarbo!

ENOBARBO

¿Señora?

CLEOPATRA

¡Búscalos y tráelos aquí!

[Sale ENOBARBO.]

¿Dónde está Alexas?

ALEXAS

Aquí, a tu servicio. Ahí llega mi señor.

Entra ANTONIO con un MENSAJERO.

CLEOPATRA

No quiero verlo. Venid conmigo.

[Salen todos menos ANTONIO y el MENSAJERO].

MENSAJERO

Tu esposa Fulvia entró en batalla la primera.

ANTONIO

¿Contra mi hermano Lucio?

MENSAJERO

Sí, mas la guerra acabó pronto y la situación
los hizo amigos: se aliaron contra César,
que, más afortunado, en el primer
encuentro los batió y expulsó de Italia.

ANTONIO

¿Hay peores noticias?

MENSAJERO

La mala noticia infecta al mensajero.

ANTONIO

Sólo si concierne a un necio o un cobarde. ¡Vamos! Para mí lo pasado ha
concluido. Oyeme:

a quien me dice la verdad, aunque hable de muerte,
le escucho como si me adulara.

MENSAJERO

Labieno —la noticia es dura—
ha ocupado Asia. Su enseña victoriosa
ha ondeado desde el Éufrates, desde Siria
hasta Lidia y la Jonia, mientras...

ANTONIO

... Antonio, ibas a decir...

MENSAJERO

¡Señor!

ANTONIO

Háblame claro; no suavices los rumores.
Llama a Cleopatra como la llaman en Roma,
ríñeme como hace Fulvia, censúrame
con todo el desahogo que autorizan

la verdad y el odio. Si no soplan nuestros vientos
hacemos brotar la grama; oír nuestros males
es como arar la tierra. Puedes irte.

MENSAJERO

A tus nobles órdenes.

Sale.

Entra otro MENSAJERO.

ANTONIO

¿Hay noticias de Sición? Habla.

MENSAJERO 2.º

El hombre de Sición...

ANTONIO

¿Viene alguien de allí?

MENSAJERO 2.º

... aguarda tus órdenes.

ANTONIO

Que pase.

[Sale el MENSAJERO 2.º]

O rompo estas fuertes cadenas egipcias
o caigo en la idiotez.

Entra otro MENSAJERO con una carta.

¿Quién eres?

MENSAJERO 3.º

Tu esposa Fulvia ha muerto.

ANTONIO

¿Dónde murió?

MENSAJERO 3.º

En Sición. Su larga dolencia y las demás
noticias graves que te incumben aquí constan.

[Le entrega la carta.]

ANTONIO

Déjame.

[Sale el MENSAJERO 3.º]

¡Nos deja una gran alma! Yo lo deseé.

Lo que el desdén arrojó de nuestro lado
lo queremos recobrar. El placer presente
con el giro del tiempo se transforma
en su contrario. Faltando, me es querida.

La mano que la empujó querría traerla.

De esta reina hechicera he de alejarme.

Mi ociosidad incuba mil desgracias,
más que los males que conozco. ¡Enobarbo!

Entra ENOBARBO.

ENOBARBO

¿Qué deseas, señor?

ANTONIO

Debo irme de aquí pronto.

ENOBARBO

Mataremos a las mujeres. Ya sabemos lo mortal que es para ellas un
desaire. Padecer nuestra ausencia será su muerte.

ANTONIO

Tengo que irme.

ENOBARBO

En caso de necesidad, que se mueran las mujeres. Sería una pena
abandonarlas por nada, pero si hay una causa importante, que no cuenten nada.
Como tenga la menor noticia de esto, Cleopatra se nos va en el acto. Por
mucho menos la he visto yo irse veinte veces. Será porque en ello hay un ardor
que la hace amorosa: se va con mucha rapidez.

ANTONIO

Es más lista de lo que pensamos.

ENOBARBO

¡Ah, no, señor! Sus emociones están hechas de la flor del amor puro. No podemos llamar vientos y lluvias a sus suspiros y sus lágrimas: son tempestades y tormentas mayores que las que anuncia el almanaque. Eso no es ser lista. Si lo es, ella trae la lluvia igual de bien que Júpiter.

ANTONIO

¡Ojalá no la hubiera visto nunca!

ENOBARBO

Entonces te habrías quedado sin ver una gran obra maestra, y sin esta suerte menguaría tu fama de viajero.

ANTONIO

Fulvia ha muerto.

ENOBARBO

¿Señor?

ANTONIO

Fulvia ha muerto.

ENOBARBO

¿Fulvia?

ANTONIO

Ha muerto.

ENOBARBO

Entonces ofrece a los dioses un sacrificio de gratitud. Cuando place a sus divinidades, nos enseñan quiénes son los sastres de este mundo. Y en ello está el consuelo de que, cuando un traje está gastado, los del oficio hacen otro. Si no hubiera más mujeres que Fulvia, ¡triste asunto! Tu pesar culmina en la consolación: el camisón viejo trae la enagua nueva, y en la cebolla hay lágrimas que bañarán tu dolor.

ANTONIO

El asunto que ella ha abierto en el Estado
no soporta más mi ausencia.

ENOBARBO

Y el asunto que tú has abierto aquí te necesita, especialmente el de Cleopatra, que exige enteramente tu presencia.

ANTONIO

Basta de frivolidad. Anuncia mi intención
a mis oficiales. Yo haré saber
a la reina la causa de este apremio,
y me dará licencia de partir. No es sólo
la muerte de Fulvia y motivos acuciantes
lo que me reclama: las noticias
de muchos de mis agentes romanos
solicitan mi retorno. Sexto Pompeyo
ha retado a César y domina
todo el mar. Nuestro pueblo inestable,
que no entrega su afecto al que merece
hasta que el mérito ha pasado, empieza a dar
el título de Pompeyo el Grande a su hijo
con todas sus dignidades. Y éste, cuya vida
y energía superan fama y poder, se presenta
como el mayor soldado; si crece, su bando
hace peligrar al mundo. Mucho se cría
que, como crin de caballo, guarda vida
y aún no tiene veneno de serpiente.

Anuncia a mis oficiales mi deseo
de que partamos en seguida.

ENOBARBO

A tus órdenes.

[Salen.]

ESCENA III

Entran CLEOPATRA, CARMIA, ALEXAS y EIRA.

CLEOPATRA

¿Dónde está?

CARMIA

No lo he visto desde entonces.

CLEOPATRA [a ALEXAS]

Averigua dónde está, con quién, qué hace.

Yo no te he enviado. Si está serio,
di que estoy bailando; si alegre, dile
que me he puesto enferma. Y vuelve rápido.

[Sale ALEXAS.]

CARMIA

Señora, creo que si tanto le quieres,
de ese modo no vas a conseguir
que él te corresponda.

CLEOPATRA

¿Y qué debo hacer?

CARMIA

Consentirle todo, no contradecirle.

CLEOPATRA

¡Valiente maestra! Así le pierdo.

CARMIA

No le provoques tanto; modérate.
Con el tiempo, lo que se teme suele odiarse.

Entra ANTONIO.

Aquí viene Antonio.

CLEOPATRA

Estoy enferma y sin ánimo.

ANTONIO

Me apena dar voz a mi propósito...

CLEOPATRA

¡Ayúdame, buena Carmia! ¡Me desmayo!

No puede tardar mucho; este cuerpo
no va a resistirlo.

ANTONIO

Mi amada reina...

CLEOPATRA

¡No te acerques, te lo ruego!

ANTONIO

¿Qué ocurre?

CLEOPATRA

Veo buenas noticias en tus ojos.

¡Ah! ¿Dice la esposa que puedes irte?

¡Ojalá no te hubiera dejado venir!

Que no diga que soy yo quien te retiene.

Sobre ti yo no tengo poder: eres suyo.

ANTONIO

Bien saben los dioses...

CLEOPATRA

¡Ah, jamás traicionaron a una reina
tan ruinmente! Y eso que desde el principio
vi plantar la traición.

ANTONIO

Cleopatra...

CLEOPATRA

¿Puedo creer que eres fiel y mío,
aunque al jurarlo tiemble el trono de los dioses,
cuando has engañado a Fulvia? ¡Crasa locura,
dejarme enredar en falsos juramentos
que se violan ya al decirse!

ANTONIO

Queridísima reina...

CLEOPATRA

Vamos, no le busques pretextos a tu marcha;
di adiós y vete. Cuando pedías quedarte
había tiempo para hablar; no te ibas.

La eternidad estaba en mis ojos y mis labios;
la gloria, en el arco de mis cejas; la menor
de mis gracias, celestial. Pues nada ha cambiado,
o tú, el soldado más grande del mundo
te has vuelto el más embustero.

ANTONIO

¿Cómo, señora?

CLEOPATRA

¡Ah, si yo fuera de tu talla! Verías
el tamaño de un ánimo de Egipto.

ANTONIO

Escúchame, reina.

La dura necesidad presente exige
mis servicios por un tiempo, mas toda mi alma
en ti la deposito. Italia centellea
de espadas en civil combate: Sexto Pompeyo
se aproxima al puerto de Roma;
la igualdad de las fuerzas interiores
crea bandos susceptibles; poderosos,
los odiados son amados; el proscrito Pompeyo,
cargado de la fama de su padre, se insinúa
en el ánimo de los que aún no han medrado
con este gobierno, cuyo número crece;
y la paz, enferma de inacción, quiere purgarse
por medios extremos. Mi razón más personal,
que debe hacerte proteger mi marcha,

es la muerte de Fulvia.

CLEOPATRA

Aunque la edad no me libre de ser necia,
no me hará ser infantil. ¿Puede morir Fulvia?

ANTONIO

Ha muerto, reina.

[Le da la carta.]

Mira esto y, sin premura, ten a bien
leer los tumultos que ha causado. Al final,
lo mejor: cuándo y dónde ha muerto.

CLEOPATRA

¡Qué amor tan falso!
¿Dónde están los vasos sagrados que debes
llenar de lágrimas? Llorándola así,
veo cómo mi muerte vas a recibir.

ANTONIO

Basta ya de riña; disponte a saber
lo que me propongo, y yo lo haré o no
según aconsejes. Por el fuego
que da vida al lodo del Nilo, que parto
cual soldado y siervo tuyo, para la guerra
o la paz, según tus deseos.

CLEOPATRA

¡Ah, desabróchame, Carmia, vamos!
No, déjalo, que me siento bien o mal
según me quiera Antonio.

ANTONIO

Preciada reina mía, cálmate
y da fiel testimonio de un amor
que a una prueba honorable se somete.

CLEOPATRA

Eso me enseña Fulvia.

Te lo ruego, vuélvete y llora por ella;
después dime adiós y di que lloras
por Cleopatra. Vamos, representa una escena
de impecable fingimiento y haz que pase
por auténtico honor.

ANTONIO

Me enciendes la sangre. ¡Basta!

CLEOPATRA

Lo puedes hacer mejor, pero así está bien.

ANTONIO

Por mi espada...

CLEOPATRA

... y mi escudito... Va ganando,
pero no da lo mejor. Mira, Carmia,
mira cómo este hercúleo romano
hace su colérico papel.

ANTONIO

Te dejo, señora.

CLEOPATRA

Gentil señor, aguarda.
Tú y yo debemos separarnos, mas no es eso;
tú y yo nos hemos amado, mas no es eso;
bien lo sabes. Lo que quiero...
¡Ah, mi olvido es un Antonio
y no recuerdo nada!

ANTONIO

Si no fuese porque reinas sobre todas
esas ligerezas, te tomaría

por la propia ligereza.

CLEOPATRA

Es un dolor de parto
llevar la ligereza tan cerca del alma
como Cleopatra la lleva. Señor, perdóname:
lo que me adorna me mata cuando tanto
te disgusta. Tu honor te reclama:
vete sin apiadarte de esta necia
y los dioses te acompañen. Honre a tu acero
la victoria laureada, y la gloria
alfombré las calles a tu paso.

ANTONIO

Vamos, ven.
Nuestra separación se queda y se va,
pues tú permaneces, mas vienes conmigo,
y yo, aunque me alejo, me quedo contigo.
¡Vamos!
[Salen.]

ESCENA IV

[Entran OCTAVIO CÉSAR leyendo una carta, LÉPIDO y la comitiva.]

CÉSAR

Lo puedes ver, Lépido, y ten por cierto
que no es vicio natural de César el odiar
a nuestro gran corregente. Según noticias
de Alejandría, pesca, bebe y consume
las luces de la noche en fiestas; no es más hombre
que Cleopatra, ni la reina de Tolomeo

más mujer que él; se resiste a dar audiencia
y a pensar que tiene asociados. Ahí está
el compendio de todos los defectos
que aquejan a los hombres.

LÉPIDO

Yo no creo que sus males
sean tantos que empañen sus virtudes.
Sus defectos son como las motas del cielo,
que brillan más en las sombras de la noche;
más bien heredados que adquiridos;
inevitables más que deseados.

CÉSAR

Eres muy indulgente. Admitamos
que no es falta retozar en el lecho de Tolomeo,
dar un reino por broma, sentarse
y turnarse con innobles en los brindis,
tambalearse en la calle a mediodía y encajar
golpes de granujas apestosos. Digamos
que le cuadra (aunque hay que ser muy especial
para que esto no nos manche); pero Antonio
no puede excusar sus lacras, cuando el peso
de su liviandad lo llevamos nosotros.
Si llenara su ocio con placeres,
que le pidan cuentas las indigestiones
y la sífilis. Pero derrochar el tiempo
que le llama cual tambor con la fuerza
de su rango y del nuestro, debe reprenderse
como se riñe al muchacho que, maduro,
por un placer fugaz sacrifica la cordura
traicionando a la razón.

[Entra un MENSAJERO.]

LÉPIDO

Aquí hay más noticias.

MENSAJERO

Ya se han cumplido tus órdenes, y cada hora,
noble César, tendrás información
de cuanto ocurre. Pompeyo está fuerte en el mar,
y parece que le aman los que sólo
seguían a César por temor. Los quejosos
acuden a los puertos, y la voz popular
le cree muy agraviado.

CÉSAR

Debí preverlo. Desde que hay gobiernos
nos lo han enseñado: quien rige
sólo fue deseado hasta llegar;
quien decae, que jamás gozó de estima,
es amado porque falta. El pueblo,
como caña a la deriva en la corriente,
va acá y allá siguiendo el flujo vacilante
cual lacayo, y se pudre de moverse.

[Entra otro MENSAJERO.]

MENSAJERO 2.º

César, te hago saber
que Menécrates y Menas, famosos piratas,
dominan el mar, al que hieren y surcan
con quillas de toda especie. Hacen fieras
incursiones en Italia (palidecen
sus costas de pensarlo), y se subleva
la ardiente juventud. En cuanto asoma algún navío,
ya lo apresan. El nombre de Pompeyo

daña más que resistirle con las armas.

CÉSAR

Antonio, abandona tus orgías.

Cuando te echaron de Módena (donde mataste a los cónsules Hircio y Pansa), te seguía a ti pegada el hambre y, aunque criado con primor, la combatiste con mucha más paciencia que un salvaje. Bebiste orines de caballo y de la charca dorada, que asquea a las bestias. Tu paladar no rehusó la baya más ruda del seto más áspero.

Sí, y como el ciervo en los pastos nevados, roíste la corteza de los árboles. Se dice que en los Alpes comiste carne extraña, que de verla hubo quien moría. Todo esto (hiere tu honor que ahora yo lo diga) cual soldado lo sufriste, y tanto que tu cara ni siquiera adelgazó.

LÉPIDO

Da pena.

CÉSAR

Que su vergüenza le empuje muy pronto a Roma. Es hora de que ambos vayamos a la batalla; para ello reunamos al consejo sin demora.

Con nuestra inacción Pompeyo crece.

LÉPIDO

Mañana, César, podré informarte de lo que dispongo en este momento para combatir por mar y tierra.

CÉSAR

Hasta entonces, yo también lo haré. Adiós.

LÉPIDO

Adiós, señor. Mientras, si te llega alguna noticia, te suplico que me la hagas saber.

CÉSAR

Descuida. Será mi obligación.

[Salen.]

ESCENA V

[Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRA y MARDIÓN.]

CLEOPATRA

¡Carmia!

CARMIA

¿Señora?

CLEOPATRA [bostezando]

¡Ah...! Dame de beber mandrágora.

CARMIA

¿Por qué, señora?

CLEOPATRA

Para dormir durante el gran vacío en que Antonio esté fuera.

CARMIA

Piensas demasiado en él.

CLEOPATRA

¡Ah, fue traición!

CARMIA

Señora, yo no lo creo.

CLEOPATRA

¡Eh, tú, eunuco Mardión!

MARDIÓN

¿Qué deseas, Majestad?

CLEOPATRA

Oírte cantar, no. Lo que tiene un eunuco
no me satisface. Feliz tú, porque,
castrado, tus libres pensamientos
nunca huirán de Egipto. ¿Sientes deseos?

MARDIÓN

Sí, augusta señora.

CLEOPATRA

¿De verdad?

MARDIÓN

Deseos de verdad, no, señora, pues la verdad
es que no puedo hacer nada deshonesto.
Con todo, siento deseos vehementes
y pienso en lo que hicieron Marte y Venus.

CLEOPATRA

¡Ah, Carmia! ¿Dónde crees que está él ahora?
¿De pie, sentado? ¿Andando? ¿A caballo?
¡Feliz su caballo, que lleva el peso de Antonio!
Pórtate bien, caballo, pues, ¿sabes a quién llevas?
¡Al semiatlas del mundo, al brazo
y yelmo de los hombres! Ahora está diciendo
o murmurando: «¿Dónde está mi serpiente del Nilo?»
Así me llama. Ahora me nutro
del más rico veneno. ¿Piensa en mí, que estoy negra
de los pellizcos amorosos del sol

y arrugada por los años? César de frente ancha,
cuando pisabas la tierra, yo era
bocado de reyes, y al gran Pompeyo,
absorto, le crecían los ojos en mi cara;
en ella los anclaba y se moría
de contemplar su vida.

[Entra ALEXAS de parte de Antonio.]

ALEXAS

¡Salud, soberana de Egipto!

CLEOPATRA

¡Qué poco te pareces a Marco Antonio!
Aunque, viniendo de su parte, el gran elixir
con su licor te ha transmutado.

¿Cómo está mi gran Marco Antonio?

ALEXAS

Lo último que hizo, Majestad, fue
dar un beso, el último de miles, a esta perla
oriental. Sus palabras se clavaron en mi pecho.

CLEOPATRA

Y de ahí mi oído ha de arrancarlas.

ALEXAS

«Buen amigo —dice—, haz saber
que el fiel romano envía a la gran egipcia
el tesoro de una ostra y que, además,
por compensar tan vil regalo, rodearé
su rico trono de otros reinos. Todo el Oriente
—díselo— la llamará señora.» Saludó
y con dignidad montó un airoso corcel,
que relinchó con tal brío que silenció
brutalmente mi respuesta.

CLEOPATRA

¿Estaba serio o alegre?

ALEXAS

Como la época del año que media
entre el calor y el frío: ni serio ni alegre.

CLEOPATRA

¡Qué temple tan ponderado! Fíjate,
fíjate, querida Carmia, es él. ¡Fíjate!
No estaba serio, pues quería estar radiante
entre los que le imitaban; ni alegre,
pues les diría que el pensamiento
estaba en Egipto con su dicha: entre uno y otro.
¡Ah, mezcla divina! Y aunque estés serio o alegre,
te sienta como a nadie la violencia
del extremo. ¿Viste a mis mensajeros?

ALEXAS

A veinte distintos, señora.
¿Por qué los envías tan seguidos?

CLEOPATRA

Quien nazca el día en que yo olvide
mandar mensaje a Antonio, morirá en la miseria.
¡Papel y tinta, Carmia! — ¡Bienvenido,
Alexas! — Carmia, ¿amé yo tanto a César?

CARMIA

¡Ah, el regio César!

CLEOPATRA

¡Así se te atragante la alabanza!
Di «el regio Antonio».

CARMIA

¡El valeroso César!

CLEOPATRA

¡Por Isis, que te haré sangrar los dientes
si con César comparas otra vez
a mi hombre de hombres!

CARMIA

Con tu augusta venia,
yo repito lo que cantas.

CLEOPATRA

En el verdor de mis años,
cuando mi juicio era tierno y fría mi sangre;
entonces cantaba así. ¡Venga, vamos,
tráeme papel y tinta!
¡Le enviaré cada día un mensajero,
aunque se despueble Egipto!

[Salen.]

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

[Entran POMPEYO, MENÉCRATES y MENAS, con atuendo de guerra.]

POMPEYO

Si los grandes dioses son justos, protegerán
las acciones de los justos.

MENÉCRATES

Ten por seguro, Pompeyo,
que no niegan lo que aplazan.

POMPEYO

Mientras les imploramos ante el trono,
lo que pedimos se extingue.

MENÉCRATES

Sin saber lo que queremos, a veces
suplicamos nuestro mal, que los dioses
nos niegan por nuestro bien; ganamos
lo que rogando perdemos.

POMPEYO

Triunfaré. El pueblo me quiere, el mar es mío;
mi poder es creciente y mi esperanza
le augura plenitud. Marco Antonio,
con sus banquetes egipcios, no saldrá
a la guerra; César saca dinero
y pierde apoyos; Lépido adula a ambos,
ambos le adulan, mas no quiere a ninguno,
y ninguno le aprecia.

MENAS

César y Lépido salieron a campaña,
y con un ejército potente.

POMPEYO

¿Quién te lo ha dicho? Es falso.

MENAS

Silvio, señor.

POMPEYO

Ése sueña. Sé que están los dos en Roma
confiando en Antonio. Ardiente Cleopatra,
¡la magia del amor avive tus pálidos labios!
Que hechizos y belleza, y con ellos el placer,
apresen al vicioso en guerras de banquetes,
nublándole el cerebro; cocineros epicúreos

abran su apetito con salsas golosas,
para que el sueño y la comida le adormezcan
el honor hasta el olvido del Leteo...

[Entra VARIO.]

¿Qué hay, Vario?

VARIO

El mensaje que traigo es verdadero:
a Marco Antonio se le espera en Roma
a cada instante. Desde que salió de Egipto
ha tenido tiempo para un viaje más largo.

POMPEYO

A un asunto menos grave prestaría
mejor oído. Menas, nunca imaginé
que este amante insaciable se pondría el yelmo
por tan mísera guerra. Como soldado
vale el doble que los otros dos. Así que
valorémonos en más, ya que nuestra acción
arranca del regazo de la viuda egipcia
a un Antonio nunca harto de placeres.

MENAS

No creo que Antonio y César se den la bienvenida.
Su difunta mujer agravio a César,
su hermano le combatió, aunque dudo
que Antonio los incitara.

POMPEYO

No sé, Menas, si una enemistad menor
cedería a una mayor. Si no fuera
porque vamos contra todos, seguro
que lucharían entre sí, pues motivos
no les faltan para empuñar la espada.

Mas no sabemos hasta dónde el temor
que infundimos unirá sus diferencias,
salvando las pugnas leves. ¡Que sea
como dispongan los dioses! Nuestra suerte
van a decidirla nuestros brazos fuertes!
Vamos, Menas.
[Salen.]

ESCENA II

[Entran ENOBARBO y LÉPIDO.]

LÉPIDO

Buen Enobarbo, será una noble acción,
y habrá de honrarte, pedirle a tu capitán
que dialogue afablemente.

ENOBARBO

Le pediré que responda
como le es propio. Si César se enoja,
que Antonio se eleve sobre César
y grite con la voz de Marte. Por Júpiter,
que si yo llevase la barba de Antonio,
hoy no me afeitaría.

LÉPIDO

No es momento para rencores personales.

ENOBARBO

Cualquier momento es bueno
para lo que surja en él.

LÉPIDO

Mas lo pequeño debe ceder a lo grande.

ENOBARBO

No si lo pequeño está antes.

LÉPIDO

Estás excitado; no avives rescoldos.

El noble Antonio se acerca.

Entran ANTONIO y VENTIDIO.

ENOBARBO

Y por ahí César.

[Entran CÉSAR, MECENAS y AGRIPA.]

ANTONIO

Si hay avenencia, a Partia.

Escucha, Ventidio.

CÉSAR

No sé, Mecenas. Pregunta a Agripa.

LÉPIDO

Mis nobles amigos,

lo que nos unió fue grande; que no
nos divida una minucia. Lo que esté mal,
que se oiga cortésmente. Gritarnos
por leves diferencias es como matar
curando heridas. Así que, nobles compañeros,
tanto más por ser yo quien os lo implora,
tocad del modo más gentil lo más sensible
y no irritéis la llaga.

ANTONIO

Bien dicho. Si estuviéramos
al frente de las tropas y a punto de luchar,
así lo haría.

Clarines.

CÉSAR

Bienvenido a Roma.

ANTONIO

Gracias.

CÉSAR

Siéntate.

ANTONIO

Tú primero.

CÉSAR

Muy bien.

ANTONIO

Me dicen que tomas a mal lo que no es malo
o, si lo es, no te incumbe.

CÉSAR

Merecería la burla si por nada
o por muy poco me diese por ofendido,
y menos aún por ti; y más la merecería
si te nombrase con desdén porque nombrarte
no fuese de mi incumbencia.

ANTONIO

César, el estar yo en Egipto,
¿a ti qué te importaba?

CÉSAR

No más que el vivir yo en Roma
te importaría a ti en Egipto. Sin embargo,
si intrigabas contra mí, el estar tú en Egipto
sí era de mi incumbencia.

ANTONIO

¿Qué dices de intrigar?

CÉSAR

Podrás captar mi intención si piensas

en lo que me ocurrió aquí. Tu mujer y tu hermano
me hicieron la guerra. Tal agresión
te involucraba: tú fuiste el grito de guerra.

ANTONIO

Confundes el asunto. Mi hermano nunca
me usó como pretexto. Hice indagaciones;
tengo información verídica de algunos
que pelearon contigo. ¿Acaso, con la mía,
él no desprestigió tu autoridad,
y su guerra no se opuso a mis deseos,
compartiendo yo tu causa? En mis cartas
ya te convencí. Si tejes una disputa,
por mucho material de que dispongas,
éste no te sirve.

CÉSAR

Te ensalzas imputándome un error de juicio,
pero tú sí tejiste tus excusas.

ANTONIO

Nada de eso. Yo sabía
que por fuerza —estaba convencido—
te vendría al pensamiento la idea de que yo,
tu aliado en una causa que él combatía,
no verías con buenos ojos una guerra
contraria a mi propia paz. Respecto a mi mujer,
ojalá encuentres tú su brío en otra.

Un tercio del mundo es tuyo, y lo puedes llevar
con poco freno, mas no a una mujer así.

ENOBARBO

¡Ojalá fueran así nuestras esposas, para llevarnos mujeres a la guerra!

ANTONIO

Era indomable, César; sus tumultos,
nacidos de la impaciencia —y no carentes
de afán calculador—, admito con pena
que te causaron trastornos. Esto
no digas que pude remediarlo.

CÉSAR

Te escribí. De juerga en Alejandría
te guardaste mi carta y con escarnio
echaste al mensajero sin audiencia.

ANTONIO

Irrumpió allí sin permiso. Yo salía
de un festín con tres reyes y no era el mismo
que por la mañana. Al día siguiente
se lo dije, que es como si le hubiera
pedido perdón. No dejemos que ese tipo
entre en nuestro pleito. Si hay discusión,
bórralo de ella.

CÉSAR

Faltaste a tu juramento,
de lo cual no podrás nunca acusarme.

LÉPIDO

Calma, César.

ANTONIO

No, Lépidio; déjale hablar.

El honor es sagrado y, por lo visto,
yo he faltado a él.— Sigue, César:

«Falté a mi juramento...»

CÉSAR

... de prestarme ayuda y armas cuando yo
te las pidiera, y tú me las negaste.

ANTONIO

Te descuidaste, dirás. Y fue
cuando horas enviciadas me robaron
el sentido. En la medida en que pueda
he de confesar mi culpa, mas mi honradez
no ha de humillar mi dominio, ni mi poder
obrar sin ella. Lo que ocurrió es que Fulvia
hizo esta guerra para sacarme de Egipto,
por lo cual yo, causa ignorante, pido
perdón hasta donde mi honor permita
rebajarme en este caso.

LÉPIDO

Nobles palabras.

MECENAS

Tened a bien no enconar esas quejas
que os dividen. Olvidarlas sería
recordar que la urgencia del momento
aconseja la concordia.

LÉPIDO

Honrosas palabras, Mecenas.

ENOBARBO

O, si ahora os prestáis vuestra amistad, os la devolvéis cuando ya no oigáis
hablar de Pompeyo. Ya habrá tiempo de disputas cuando no tengáis qué hacer.

ANTONIO

Tú eres sólo un soldado. Ya basta.

ENOBARBO

Casi olvidaba que la verdad debe callar.

ANTONIO

Ofendes a los presentes, conque no sigas.

ENOBARBO

Muy bien. Servidor piedra pensante.

CÉSAR

Yo no desapruero lo que dice, sólo
su modo de hablar; pues no podremos
mantener la amistad si nuestros actos
nos muestran tan dispares. Mas si supiera
de algún aro que nos tuviese unidos,
lo buscaría por todo el mundo.

AGRIPA

Permíteme, César.

CÉSAR

Habla, Agripa.

AGRIPA

Tienes una hermana por parte de tu madre,
la admirable Octavia. El gran Marco Antonio
es ahora viudo.

CÉSAR

Ya basta, Agripa.

Si te oyera Cleopatra, merecerías
que te afease tu inconsciencia.

ANTONIO

No estoy casado, César. Permite
que Agripa siga hablando.

AGRIPA

Para que os una la amistad perpetua,
para que os hermanéis y ligue vuestras almas
un nudo indisoluble, que Antonio tome a Octavia
por esposa: su belleza exige un marido
no peor que el mejor hombre del mundo;
su virtud y sus gracias se revelan

como en ninguna otra mujer. Con esta boda
los celos que parecen hoy tan grandes
y el gran temor que entraña hoy peligro
se disiparán. Las verdades serán cuentos,
mientras que hoy son verdad los semicuentos.
Su amor a ambos ha de unirlos y atraer
hacia vosotros el de todos. Perdonadme
por esta reflexión, y no ocurrencia,
que ha rumiado mi lealtad.

ANTONIO

¿Qué dice César?

CÉSAR

Nada, hasta que oiga cómo Antonio
responde a la propuesta.

ANTONIO

Si yo dijese «Sí, Agripa»,
¿qué poder tendría Agripa para obrar?

CÉSAR

El de César y su poder sobre Octavia.

ANTONIO

¡Jamás sueñe yo con ningún impedimento
a un propósito tan noble y tan prometedor!
Que tu mano apoye este acto de gracia
y a nuestro afecto y nuestros grandes designios
los guíe desde ahora un corazón fraterno.

CÉSAR

Ten mi mano.

Te doy una hermana a la que nunca
hermano quiso tanto. ¡Que viva para unir
nuestros reinos y nuestros corazones,

y que nunca nos deserte nuestro afecto!

LÉPIDO

¡Así sea, y con dicha!

ANTONIO

No pensé que lucharía contra Pompeyo,
pues últimamente me dispensa
una extrema cortesía. Le daré las gracias,
no sea que me acusen de olvidarlo;
acto seguido, le reto.

LÉPIDO

El tiempo apremia.
O vamos por Pompeyo sin demora
o él vendrá por nosotros.

ANTONIO

¿Dónde está?

CÉSAR

Por el Monte Miseno.

ANTONIO

¿Qué fuerzas tiene por tierra?

CÉSAR

Grandes y crecientes; por mar
es el amo absoluto.

ANTONIO

Según es fama. ¡Ojalá
hubiéramos hablado! Démonos prisa.
Pero antes de empuñar armas, concluyamos
el asunto convenido.

CÉSAR

Con sumo placer,
y te invito a que veas a mi hermana;

te llevo a ella de inmediato.

ANTONIO

Lépido, no falte tu compañía.

LÉPIDO

Noble Antonio, no me retendrá ni estar enfermo.

[Clarines. Salen todos menos ENOBARBO, AGRIPA y MECENAS.]

MECENAS

Bien venido de Egipto.

ENOBARBO

¡Noble Mecenas, uña y carne de César! ¡Agripa, mi honorable amigo!

AGRIPA

¡Mi buen Enobarbo!

MECENAS

Podemos alegrarnos de que todo haya ido tan bien. Cumpliste bien en Egipto.

ENOBARBO

Sí: durmiendo alterábamos el día y bebiendo alumbrábamos la noche.

MECENAS

Para el desayuno, ocho jabalíes asados y sólo doce personas. ¿Es verdad?

ENOBARBO

Eso fue como una mosca junto a un águila. Tuvimos festines mucho más pasmosos, muy dignos de mención.

MECENAS

Si lo que dicen es cierto, Cleopatra será grandiosa.

ENOBARBO

Todo fue conocer a Marco Antonio y robarle el corazón en el río Cidno.

AGRIPA

Allí se mostró a lo grande, salvo que mi informante lo soñara.

ENOBARBO

Yo te lo cuento.

El bajel que la traía, cual trono relumbrante,
ardía sobre el agua: la popa, oro batido;
las velas, púrpura, tan perfumadas que el viento
se enamoraba de ellas; los remos, de plata,
golpeando al ritmo de las flautas, hacían
que las olas los siguieran más veloces,
prendadas de sus caricias. Respecto a ella,
toda descripción es pobre: tendida
en su pabellón, cendal recamado en oro,
superaba a una Venus pintada aún más bella
que la diosa. A los lados, cual Cupidos sonrientes
con hoyuelos, preciosos niños hacían aire
con abanicos de colores, y su brisa
parecía encender ese rostro delicado,
haciendo lo que deshacían.

AGRIPA

¡Ah, qué esplendor para Antonio!

ENOBARBO

Sus damas, a modo de nereidas,
de innúmeras sirenas, la servían haciendo
de sus gestos bellas galas. La del timón
parece una sirena. El velamen de seda
se hincha al sentir las manos, suaves como flores,
que gráciles laboran. De la nave,
invisible, un perfume inusitado
embriaga las orillas. La ciudad
se despuebla para verla, y Antonio,
entronizado, se queda solo en la plaza
silbando al aire, que, por no dejar un hueco,
también habría volado a admirar a Cleopatra,

creando un vacío en la naturaleza.

AGRIPA

¡Asombrosa egipcia!

ENOBARBO

Cuando desembarca, la invita a cenar
un enviado de Antonio. Ella contesta
que prefiere —lo suplica— que sea él
su convidado. El galante Antonio,
a quien nunca oyó mujer decir que no,
va al festín rasurado y recompuesto
y su corazón paga la cuenta
de lo que comen sus ojos.

AGRIPA

¡Regia moza! Por ella
el gran César llevó al lecho su espada;
él la surcó y ella dio fruto.

ENOBARBO

La vi una vez andar a saltos por la calle;
perdió el aliento, pero hablaba y jadeaba
de suerte que al defecto daba perfección
y, sin aliento, alentaba poderío.

MECENAS

Y ahora Antonio ha de dejarla totalmente.

ENOBARBO

¡Jamás! Nunca lo hará.

La edad no la marchita, ni la costumbre
agota su infinita variedad. Otras son
empalagosas, pero ella, cuando más sacia,
da más hambre. A lo más vil le presta
tal encanto que hasta los sacerdotes,

cuando está ardiente, la bendicen.

MECENAS

Si belleza, prudencia y recato
pueden moderarle el brío a Antonio,
Octavia es un don bendito.

AGRIPA

¡Vamos! Buen Enobarbo,
mientras estés aquí serás mi huésped.

ENOBARBO

Con humildad lo agradezco.

[Salen.]

ESCENA III

[Entran ANTONIO, CÉSAR y, entre ellos, OCTAVIA.]

ANTONIO

El mundo y mis altos cometidos
me alejarán a veces de tu pecho.

OCTAVIA

Cuando suceda, elevaré mis plegarias
a los dioses para que te protejan.

ANTONIO

Buenas noches, César.— Octavia, no leas
mis faltas en los dichos de las gentes.
No me he atendido a la regla, mas desde hoy
por ella he de guiarme. Buenas noches, mi señora.

OCTAVIA

Buenas noches.

CÉSAR

Buenas noches.

[Salen CÉSAR y OCTAVIA.

Entra el ADIVINO.]

ANTONIO

A ver, tú. ¿Querrías estar en Egipto?

ADIVINO

¡Ojalá no hubiera venido, ni tú
hubieras ido allí!

ANTONIO

¿Por qué, si lo sabes?

ADIVINO

Está en mis adentros, no en mi lengua;
mas tú vuelve a Egipto a toda prisa.

ANTONIO

Dime, ¿quién verá más alta su fortuna?

¿César o yo?

ADIVINO

César. Así que, Antonio, no sigas a su lado.

El espíritu guardián que te protege
es noble, arrojado, inalcanzable
si el de César está lejos. Si está cerca,
el tuyo se asusta y anonada,
así que pon mucha distancia de por medio.

ANTONIO

No hables más de esto.

ADIVINO

Sólo a ti; a nadie más que a ti.
Si juegas con él a cualquier juego,
tú pierdes. Por su natural fortuna,
te gana por mal que esté. Cuando brilla a tu lado,

te deslucen. Te lo repito: si él está cerca,
tu espíritu teme gobernarte;
si está lejos, es noble.

ANTONIO

Márchate.

Di a Ventidio que quiero hablar con él.

[Sale el ADIVINO].

Irás a Partia.— Sea arte o azar,
está en lo cierto. Hasta los dados le obedecen,
y en el juego mi destreza sucumbe
a su fortuna. Si echamos suertes, triunfa;
sus gallos siempre ganan a los míos
contra toda predicción y, en desventaja,
sus codornices vencen a las mías.

Volveré a Egipto: aunque esta boda me dé paz,
mi placer está en Oriente.

[Entra VENTIDIO.]

¡Ah, Ventidio, ven!

Irás a Partia. Tu nombramiento está listo.

Ven a recogerlo.

[Salen.]

ESCENA IV

[Entran LÉPIDO, MECENAS y AGRIPA.]

LÉPIDO

No os preocupéis ya más y corred
tras vuestros generales.

AGRIPA

Señor, así que Marco Antonio bese a Octavia,
le seguiremos.

LÉPIDO

Hasta que os vea en traje militar,
que a los dos sienta tan bien, adiós.

MECENAS

Tal como preveo el viaje, Lépidio,
llegaremos al Monte Miseno antes que tú.

LÉPIDO

Vuestra ruta es más corta. Mis planes
me obligan a dar rodeos. Llegaréis
dos días antes.

MECENAS y AGRIPA

Señor, mucha suerte.

LÉPIDO

Adiós.

[Salen.]

ESCENA V

[Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRA y ALEXAS.]

CLEOPATRA

Tocad música —música, melancólico
sustento de los que de amor tratamos.

TODOS

¡Aquí música!

Entra MARDIÓN el eunuco.

CLEOPATRA

Déjalo, vamos al billar. Ven, Carmia.

CARMIA

Me duele el brazo. Mejor juega con Mardión.

CLEOPATRA

Jugar una mujer con un eunuco es como jugar con otra.— Ven, ¿quieres jugar conmigo?

MARDIÓN

Señora, haré lo que pueda.

CLEOPATRA

Si hay buena voluntad, el actor puede excusar sus carencias. No tengo gana. ¡Mi caña de pescar! Vamos al río. Allí, con música a lo lejos, engañaré a peces de aletas cobrizas. Mi anzuelo enganchará sus fauces viscosas y, al sacarlos, pensaré que cada uno es un Antonio y diré: «¡Ajá, te he pescado!»

CARMIA

Fue graciosa aquella apuesta de pescar, cuando tu buceador le colgó aquel pez seco y él lo sacó entusiasmado.

CLEOPATRA

¿Aquella vez? ¡Qué tiempos! Mi risa lo descompuso y esa noche mi risa lo recompuso y, al día siguiente, antes de las nueve, lo emborraché y acosté y le puse mis tocados y mis mantos mientras yo ceñía su espada de Filipos.

[Entra un MENSAJERO.]

¡Ah, de Italia!

¡Mete la fértil noticia en mi oído,

estéril por tanto tiempo!

MENSAJERO

Señora, señora...

CLEOPATRA

¡Antonio ha muerto! No digas eso, infame,
o matarás a tu ama. Mas di que está
bien y libre, y aquí tienes oro y aquí,
para besar, mis venas más azules, una mano
que, temblando, han besado reyes.

MENSAJERO

Ante todo, señora, está bien.

CLEOPATRA

Pues toma más oro. Pero, oye:
también se dice que los muertos están bien.
Si es eso, el oro que te doy lo fundiré
y lo echaré por tu maléfica garganta.

MENSAJERO

Señora, escúchame.

CLEOPATRA

Bueno, adelante.
Aunque si Antonio está libre y sano,
tú no pones buena cara. ¡Tan agria
para anunciar buenas nuevas! Si no está bien,
debías venir como Furia de sierpes coronada,
no con figura común.

MENSAJERO

¿Tendrás a bien oírme?

CLEOPATRA

Estoy por pegarte antes de oírte.
Aunque si dices que Antonio vive, está bien,

es amigo de César, no su prisionero,
te pondré bajo lluvia de oro y haré
que sobre ti granicen ricas perlas.

MENSAJERO

Señora, está bien.

CLEOPATRA

¡Bien dicho!

MENSAJERO

Y es amigo de César.

CLEOPATRA

¡Eres un hombre de bien!

MENSAJERO

César y él son más amigos que nunca...

CLEOPATRA

¡Haz tu fortuna conmigo!

MENSAJERO

... aunque, señora...

CLEOPATRA

No me gusta el «aunque». Rebaja
lo bueno anterior. ¡Maldito «aunque»!
«Aunque» es un carcelero que libera
a un inmenso malhechor. Anda, amigo,
vierte tus mercancías en mi oído,
las buenas con las malas. Es amigo de César,
dices que está sano y libre.

MENSAJERO

¿Libre, señora? Eso no lo he dicho.

Está ligado a Octavia.

CLEOPATRA

¿Por qué favor?

MENSAJERO

Por el mejor de la cama.

CLEOPATRA

Carmia, palidezco.

MENSAJERO

Señora, se ha casado con Octavia.

CLEOPATRA

¡Así te lleve la peste más infecta!

Le derriba a golpes.

MENSAJERO

¡Cálmate, señora!

CLEOPATRA

¿Cómo dices?

[Le pega.]

¡Fuera, vil infame, o te saco los ojos
y les doy de puntapiés, te arranco el pelo!

Le arrastra por el suelo.

¡Haré que te azoten con alambres y te cuezan
en salmuera a fuego lento!

MENSAJERO

Regia dama, yo no hice la boda,
yo traigo la noticia.

CLEOPATRA

Di que es falsa; te daré una provincia
y una espléndida fortuna. Mis golpes
serán tu castigo por exasperarme.

Y, además, te daré cualquier regalo
que tu humildad solicite.

MENSAJERO

Se ha casado, señora.

CLEOPATRA

¡Granuja, has vivido demasiado!

Saca un puñal.

MENSAJERO

Entonces huiré. Señora,

¿qué pretendes? Yo no tengo la culpa.

[Sale.]

CARMIA

Señora, domínate.

Ese hombre es inocente.

CLEOPATRA

Los inocentes no escapan al rayo.

¡Disuélvase Egipto en el Nilo y vuélvanse

víboras los seres de bondad! ¡Llamad al infame!

Aunque esté rabiosa, no le morderé. ¡Vamos!

CARMIA

Le da miedo volver.

CLEOPATRA

No le haré daño.

Estas manos pierden su nobleza

pegando a un inferior, pues el motivo

me lo he dado yo misma.

Vuelve a entrar el MENSAJERO.

Ven, acércate. Será honrado, mas no es bueno,

traer malas noticias. Tú dale mil lenguas

a un mensaje grato, pero al que es ingrato

déjalo hablar solo cuando hiere.

MENSAJERO

Yo he cumplido mi deber.

CLEOPATRA

¿Se ha casado? Si me repites que sí,
ya no podré odiarte más.

MENSAJERO

Señora, se ha casado.

CLEOPATRA

¡Los dioses te maldigan! ¿Sigues en ello?

MENSAJERO

¿Quieres que mienta?

CLEOPATRA

¡Ojalá, aunque Egipto se inunde
y se vuelva un cenagal de serpientes!
¡Vamos, fuera! Aun con rostro de Narciso
me parecerías horrendo. ¿Se ha casado?

MENSAJERO

Perdóname, Majestad.

CLEOPATRA

¿Se ha casado?

MENSAJERO

No te ofenda que no quiera ofenderte.
Castigarme por algo a que me obligas
parece muy injusto. Se ha casado con Octavia.

CLEOPATRA

¡Ah, pensar que su falta te vuelve un ruin
sin tener la culpa del mensaje! ¡Vete!
Las mercancías que traes de Roma
no puedo pagarlas. ¡Que se queden
en tu mano y sean tu perdición!

[Sale el MENSAJERO.]

CARMIA

Majestad, calma.

CLEOPATRA

Alabando a Antonio, condenaba a César.

CARMIA

Señora, muchas veces.

CLEOPATRA

Bien lo he pagado. Sacadme de aquí;
me desmayo. ¡Eira, Carmia! No importa.

Buen Alexas, busca a ése; que te hable
de la presencia de Octavia, de su edad,
su carácter. Y que no olvide el color
de su pelo. ¡Infórmame rápido!

[Sale ALEXAS.]

¡Quédese para siempre! ¡Que no se quede, Carmia!

Si por un lado lo pintan de Gorgona,
por otro es Marte.— ¡Que Alexas
me diga cómo es de alta! — Tenme lástima,
Carmia, mas no me hables. Llévame a mi cuarto.

[Salen.]

ESCENA VI

[Clarines. Entran POMPEYO y MENAS por una puerta, con tambores y trompetas; por otra, CÉSAR, LÉPIDO, ENOBARBO, MECENAS, AGRIPA y soldados marchando.]

POMPEYO

Tengo vuestros rehenes; vosotros, los míos.
Parlamentemos antes de luchar.

CÉSAR

Empezar dialogando es conveniente, y por eso
te enviamos las propuestas por escrito.

Si las has considerado, dinos si harán
que envaines la espada enemiga y devuelvas
a Sicilia a tantos jóvenes briosos
que, si no, perecerían.

POMPEYO

Oíd vosotros tres,
regidores únicos del mundo
y delegados de los dioses: no sé
por qué a mi padre han de faltarle vengadores,
teniendo un hijo y amigos, cuando Julio César,
que se apareció en Filipos al buen Bruto,
os vio sudar por él allí. ¿Qué fue
lo que le hizo conspirar al pálido Casio?
¿Qué llevó al honrado y honorable Bruto
y conjurados a ensangrentar el Capitolio,
sino que, amantes de la hermosa libertad,
querían que un hombre sólo fuese un hombre?
Por eso he aparejado yo mi armada;
bajo su peso espumea en cólera el océano.
Con ellas he querido flagelar la ingratitud
de la perversa Roma con mi noble padre.

CÉSAR

Ve con calma.

ANTONIO

Pompeyo, no nos asustes con tus barcos.
Hablabamos en el mar. Por tierra ya sabes
qué ventaja te llevamos.

POMPEYO

Por tierra sí me llevas
la ventaja de la casa de mi padre.

Mas, como el cuco no hace nido para sí,
quédate en ella mientras puedas.

LÉPIDO

Como eso no hace al caso, ten a bien decirnos
si te parecen bien nuestras propuestas.

CÉSAR

Ése es el asunto.

ANTONIO

No es que te roguemos,
mas piensa en las ventajas de aceptarlas.

CÉSAR

Y en los efectos de probar mayor fortuna.

POMPEYO

Me ofrecéis Sicilia y Cerdeña, y yo dejo
el mar libre de piratas y mando
a Roma tanto de trigo. Si acepto,
nos volvemos con la espada sin mellar
y el escudo sin quebranto.

CÉSAR, ANTONIO y LÉPIDO

Ésa es nuestra oferta.

POMPEYO

Entonces sabed que vine aquí
dispuesto a aceptarla, pero Marco Antonio
ha tentado mi paciencia.— Aunque contarle
le pueda quitar mérito, has de saber
que cuando César combatía a tu hermano,
tu madre vino a Sicilia y fue
acogida con afecto.

ANTONIO

Ya me informaron, Pompeyo, y de buen grado

quiero darte mis gracias más sinceras.

POMPEYO

Dame la mano. No pensé
que iría a encontrarte aquí.

ANTONIO

Las camas de Oriente son muy blandas.
Y gracias por traerme antes de lo previsto:
he salido ganando.

CÉSAR

Desde la última vez que te vi
te veo cambiado.

POMPEYO

Yo no sé el total que haya sumado en mi cara
la fortuna; en mi pecho no ha de entrar
para avasallarme el ánimo.

LÉPIDO

¡Bienvenido!

POMPEYO

Espero que sí, Lépido. Entonces, de acuerdo.
Pido que el pacto conste por escrito
y lo sellemos.

CÉSAR

Se hará en seguida.

POMPEYO

Antes de partir, nos convidamos.
Echemos a suertes quién empieza.

ANTONIO

Yo empiezo, Pompeyo.

POMPEYO

No, Antonio: a suertes. Aunque, primero o último,

triunfará tu gran banquete egipcio.

He oído decir que Julio César
engordó allí en los festines.

ANTONIO

Has oído muchas cosas.

POMPEYO

Lo digo sin intención.

ANTONIO

Y con buenas palabras.

POMPEYO

Pues es lo que me han dicho,
y que Apolonio llevó...

ENOBARBO

¡Ya basta! Sí que llevó.

POMPEYO

Pues, ¿qué?

ENOBARBO

Cierta reina en un colchón a César.

POMPEYO

Ahora te conozco. ¿Cómo estás, soldado?

ENOBARBO

Bien. Y creo que seguiré bien,
pues hay cuatro banquetes a la vista.

POMPEYO

Dame la mano. Jamás te odié.

Te he visto pelear y tu actuación
me ha dado envidia.

ENOBARBO

Señor, yo nunca te he querido bien,
mas, cuando te he elogiado, merecías

diez veces más de lo que dije.

POMPEYO

Cultiva tu franqueza,
que no te sienta nada mal. Os invito
a mi galera a todos. ¡Adelante!

CÉSAR, ANTONIO y LÉPIDO

Llévanos.

POMPEYO

Vamos.

Salen todos menos ENOBARBO y MENAS.

MENAS

Pompeyo, tu padre no habría hecho un pacto así.— Tú y yo nos hemos visto.

ENOBARBO

Creo que en el mar.

MENAS

Cierto.

ENOBARBO

En el mar te ha ido bien.

MENAS

Y a ti en tierra.

ENOBARBO

Yo elogio a quien me elogia, aunque no pueda negarse lo que he hecho en tierra.

MENAS

Ni lo que yo he hecho en el mar.

ENOBARBO

Pues sí, hay algo que puedes negar por tu propio bien: has sido un gran ladrón en el mar.

MENAS

Y tú en tierra.

ENOBARBO

Ahí te niego el servicio. Pero dame la mano, Menas. Si nuestros ojos fuesen guardias, podrían detener a dos ladrones abrazándose.

MENAS

La cara del hombre es veraz, sean como sean sus manos.

ENOBARBO

Pero con cara veraz no hay mujer hermosa.

MENAS

No es calumnia: roban corazones.

ENOBARBO

Vinimos aquí a luchar con vosotros.

MENAS

Pues yo siento que todo acabe en juerga. Pompeyo ha tirado su futuro alegremente.

ENOBARBO

Llorando no va a recuperarlo.

MENAS

Tú lo has dicho. No esperábamos aquí a Marco Antonio. Oye, ¿se ha casado con Cleopatra?

ENOBARBO

La hermana de César se llama Octavia.

MENAS

Cierto, la que fue esposa de Cayo Marcelo.

ENOBARBO

Y ahora lo es de Marco Antonio.

MENAS

¿Qué dices?

ENOBARBO

La verdad.

MENAS

Entonces César y él quedan unidos para siempre.

ENOBARBO

Si tuviera que adivinar el resultado, yo no haría esa predicción.

MENAS

Parece que en este matrimonio ha contado más la conveniencia que el amor.

ENOBARBO

Eso creo yo también. Y verás que el lazo que parece unir esa amistad será el que la estrangule. Octavia es de carácter piadoso, frío y tranquilo.

MENAS

¿Quién no quiere una mujer así?

ENOBARBO

Quien no es así: Marco Antonio. Volverá con su manjar egipcio, y los suspiros de Octavia avivarán el fuego en César. Y, como digo, lo que da fuerza a esta amistad será lo que traiga la ruptura. Antonio satisfará sus deseos donde están. Aquí se casó con su interés.

MENAS

Quizá sea así. Vamos, ¿vienes a bordo? Te echo un brindis.

ENOBARBO

Aceptado. Ya adiestramos las gargantas en Egipto.

MENAS

Vamos.

[Salen.]

ESCENA VII

[Música. Entran dos o tres CRIADOS con postres.]

CRIADO 1.º

Ahí vienen. Algunos tienen ya las plantas sin agarre: al menor soplo, los vuelan.

CRIADO 2.º

Lépido ya está empapado.

CRIADO 1.º

De hacer caridad bebiendo.

CRIADO 2.º

Cuando el carácter los enzarza, él grita «¡Calma!», los reconcilia y tiene que beber.

CRIADO 1.º

Pero así le declara la guerra a su buen juicio.

CRIADO 2.º

Eso pasa por figurar en compañía de los grandes. Yo prefiero una caña que no sirva a una lanza que no puedo levantar.

CRIADO 1.º

Ser llamado a un alto puesto y no moverse en él es como tener cuencas sin ojos: te desgracian la cara.

[Clarines. Entran CÉSAR, ANTONIO, POMPEYO, LÉPIDO, AGRIPA, MECENAS, ENOBARBO, MENAS con otros capitanes y un MUCHACHO].

ANTONIO

Hacen esto: miden el nivel del Nilo
por las marcas de obeliscos. Según vaya
alto, bajo o medio, saben si habrá
escasez o abundancia. Cuanto más sube,
más promete; conforme baja, el sembrador
esparce el grano en el lodo cenagoso
y muy pronto hay cosecha.

LÉPIDO

¿Hay allí serpientes extrañas?

ANTONIO

Sí, Lépido.

LÉPIDO

La serpiente de Egipto nace en el lodo por efecto del sol; igual que el

cocodrilo.

ANTONIO

Muy cierto.

POMPEYO

¡Sentaos y a beber! ¡A la salud de Lépido!

LÉPIDO

No estoy tan bien como debiera, pero nunca me echo atrás.

ENOBARBO [aparte]

No hasta que te duermes. Me temo que, mientras, te echarás muy adelante.

LÉPIDO

Sí, claro, me han dicho que las piramises de los Tolomeos son formidables. Y no me lo han desmentido.

MENAS [aparte a POMPEYO]

Pompeyo, escucha.

POMPEYO [aparte a MENAS]

Háblame al oído.

MENAS [al oído de POMPEYO]

Te lo ruego, capitán, deja tu asiento

y préstame atención.

POMPEYO

Aguarda un rato.— ¡A la salud de Lépido!

LÉPIDO

¿Qué clase de bicho es el cocodrilo?

ANTONIO

Pues tiene la forma de sí mismo y todo el ancho de su anchura. De alto es como es y se mueve con sus órganos. Vive de lo que le nutre y, cuando se le va la vida, transmigra.

LÉPIDO

¿Qué color tiene?

ANTONIO

El suyo propio.

LÉPIDO

¡Extraña serpiente!

ANTONIO

Cierto, y sus lágrimas mojan.

CÉSAR

¿Le bastará tu descripción?

ANTONIO

Como el brindis de Pompeyo,
que, si no, es un epicúreo.

POMPEYO [aparte a MENAS]

¡Maldito seas! ¿Aún sigues? ¡Quita!

Haz lo que digo.— ¿Y la copa que pedí?

MENAS [aparte a POMPEYO]

Por mis servicios, si me quieres escuchar,
deja ya tu asiento.

POMPEYO

Te has vuelto loco.

[Se levanta y los dos se apartan.]

¿Qué ocurre?

MENAS

Yo siempre me he plegado a tu fortuna.

POMPEYO

Me has servido muy fielmente. ¿Qué más? —

¡Alegría, señores!

ANTONIO

Lépido, esas arenas movedizas
evítalas, que te hundes.

MENAS

¿Quieres ser el amo del mundo?

POMPEYO

¿Qué dices?

MENAS

¿Quieres ser el amo del mundo? Van dos veces.

POMPEYO

¿Y eso, cómo?

MENAS

Tú acéptalo y, aunque me creas pobre,
yo he de darte el mundo entero.

POMPEYO

¿No has bebido de más?

MENAS

No, Pompeyo. Ni acercarme a una copa.

Si te atreves, serás un Júpiter humano.

Lo que abarcan los mares y envuelven los cielos
será tuyo si lo quieres.

POMPEYO

Dime el modo.

MENAS

Los tres corregentes, los triunviros,
están en tu barco. Déjame cortar el cable
y, ya navegando, los degüello.

Entonces todo será tuyo.

POMPEYO

¡Ah! Eso tenías que haberlo hecho
y no decirlo. Para mí sería una infamia;
para ti, un buen servicio. Óyeme bien:
lo que guía mi honor no es la ganancia,
sino al contrario. Arrepiéntete de que tu lengua
te haya traicionado. Hecho a mis espaldas,

me habría parecido bien, pero ahora
debo condenarlo. Desiste y bebe.

MENAS [aparte]

Tu débil suerte ya nunca seguiré.

Quien no toma lo que busca cuando se lo ofrecen
nunca volverá a encontrarlo.

POMPEYO

¡A la salud de Lépido!

ANTONIO

Llevallo a tierra. Yo respondo al brindis, Pompeyo.

ENOBARBO

¡A tu salud, Menas!

MENAS

¡A la tuya, Enobarbo!

POMPEYO

¡Vino, y que inunde las copas!

ENOBARBO

Éste sí que es fuerte, Menas.

[Señala a un criado que se lleva a LÉPIDO.]

MENAS

¿Por qué?

ENOBARBO

Porque carga con un tercio del mundo. ¿No ves?

MENAS

Ese tercio está borracho. Así lo estuviera
el resto: el mundo se pondría a bailar.

ENOBARBO

Pues bebe y habrá más baile.

MENAS

¡Vamos!

POMPEYO

Esto no es aún un festín de Alejandría.

ANTONIO

Pero madura. ¡Eh, a chocar copas!

¡Por César!

CÉSAR

Me valdría más dejarlo. Cansa muchísimo
empaparse así el cerebro y enturbiarlo.

ANTONIO

Sé hijo del momento.

CÉSAR

Poséelo, diría yo. Prefiero
abstenerme del todo cuatro días
a beber tanto en uno solo.

ENOBARBO [a ANTONIO]

Mi gran emperador, ¿bailamos ya
las bacanales egipcias y consagramos la fiesta?

POMPEYO

Venga, buen soldado.

ANTONIO

Vamos todos de la mano
hasta que el vino triunfante nos hunda
el sentido en el dulce y plácido Leteo.

ENOBARBO

Todos de la mano.

Asaltadnos los oídos con la música;
mientras, os coloco, y cantará el muchacho.

Y haced que retumbe el estribillo
disparándolo con toda vuestra fuerza.

Suena música. ENOBARBO les junta las manos.

MUCHACHO — Canción.

Ven, gran rey de los vinos,
gordo Baco de ojos tintos.

Ansias mueran en tus cubas

Y corónennos tus uvas.

TODOS

¡Vino, hasta que el mundo baile!

¡Vino, hasta que el mundo baile!

CÉSAR

¿Aún más? Pompeyo, buenas noches. Cuñado,
te ruego que vengas. Nuestros serios asuntos
desaprueban esta ligereza. Señores, vámonos.

Nos arde la cara. Enobarbo ya no tiene

la fuerza del vino y mi lengua

atropella lo que dice. Este alboroto

nos ha vuelto bufones. Más no diré.

Buenas noches. Antonio, la mano.

POMPEYO

Te pondré a prueba en tierra.

ANTONIO

Ya lo harás. Dame la mano.

POMPEYO

¡Ah, Antonio! Tienes la casa de mi padre.

¿Qué importa? Somos amigos. Vamos al bote.

ENOBARBO

Cuidado, no te caigas.

[Salen todos menos ENOBARBO y MENAS.]

Menas, yo no voy a tierra.

MENAS

¡No! ¡A mi camarote! ¡Tambores, clarines, flautas!

¡Que oiga Neptuno nuestro fuerte adiós
a estos grandes tipos! ¡Tocad ya y que os cuelguen!
Suenan clarines y tambores.

ENOBARBO

¡Hurra, dice uno! ¡Ahí va mi gorro!

MENAS

¡Hurra! Ven, noble capitán.

[Salen.]

ACTO TERCERO

ESCENA I

[Entra VENTIDIO triunfante con SILIO y otros romanos, oficiales y soldados, precedidos del cadáver de PACORO].

VENTIDIO

Ya, Partia flechera, estás herida, y ahora
la suerte favorable me hace vengador
de la muerte de Craso. Llevad el cadáver
del hijo del rey ante la tropa. Orodes,
tu hijo Pacoro paga así por Marco Craso.

SILIO

Noble Ventidio, mientras tu acero
aún humea con sangre parta, persigue
a los que huyen. Cruza rápido la Media,
Mesopotamia, y llega a los refugios
de los derrotados. Así tu superior,
el gran Antonio, te pondrá sobre un carro triunfal
y tu frente ceñirá el laurel.

VENTIDIO

¡Ah, Silio, Silio! Ya he hecho bastante.
Un subordinado, toma nota,
puede excederse. Aprende esto, Silio:
mejor no hacer nada que, haciendo, alcanzar
demasiado renombre en ausencia del que manda.
César y Antonio siempre han conquistado
más por sus oficiales que por sí. Sosio,
su lugarteniente, de mi rango en Siria,
por aumentar tan rápido su fama,
a cada instante, perdió el favor de Antonio.
Quien en la guerra hace más que el jefe,
se hace jefe de su jefe, y la ambición,
virtud del soldado, prefiere la pérdida
antes que la ganancia que lo eclipsa.
Yo podría hacer más por el bien de Antonio,
pero le ofendería, y la ofensa
anularía mi actuación.

SILIO

Ventidio, tienes esa virtud sin la cual
no habría distinción entre un soldado
y su espada. ¿Escribirás a Antonio?

VENTIDIO

Humildemente le diré lo que hemos hecho
en su nombre, ese mágico grito de guerra;
cómo, con su estandarte y su bien pagada tropa,
hemos expulsado hasta el agotamiento
a la invicta caballería de Partia.

SILIO

¿Dónde está él ahora?

VENTIDIO

Piensa ir a Atenas, adonde llegaremos
antes que él con la urgencia que permita
el peso del botín. ¡En marcha, adelante!

[Salen.]

ESCENA II

[Entra AGRIPA por una puerta y ENOBARBO por la otra.]

AGRIPA

¿Se han despedido los hermanos?

ENOBARBO

Han despachado con Pompeyo; él partió.

Los tres están sellando. Octavia llora
por tener que irse de Roma. César está triste
y, según Menas, desde el festín de Pompeyo
Lépido padece de clorosis.

AGRIPA

¡Noble Lépido!

ENOBARBO

Muy fino. ¡Y cómo quiere a César!

AGRIPA

Sí, pero, ¡cómo adora a Marco Antonio!

ENOBARBO

¿César? ¡El Júpiter de los hombres!

AGRIPA

¿Y Antonio? ¡El dios de Júpiter!

ENOBARBO

¿Hablabas de César? ¡Oh, el incomparable!

AGRIPA

¡Ah, Antonio! ¡El fénix de Arabia!

ENOBARBO

Para elogiar a César, di «César»; nada más.

AGRIPA

Los ha colmado de alabanzas a los dos.

ENOBARBO

Pero quiere más a César —aunque quiere a Antonio.

¡Oh, pechos, lenguas, cifras, escribas, bardos, poetas

no saben pensar, decir, contar, escribir, cantar,

rimar, oh, su amor a Antonio! Pero a César,

¡de rodillas, de rodillas, veneremos!

AGRIPA

Quiere a los dos.

ENOBARBO

Son el estiércol de este escarabajo.

[Clarines.]

Hora de montar. ¡Adiós, noble Agripa!

AGRIPA

¡Buena suerte, gran soldado, y adiós!

[Entran CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO y OCTAVIA.]

ANTONIO

No sigas.

CÉSAR

Te llevas una parte de mí mismo;

trátame bien en ella. Hermana, sé la esposa

que veo en mi pensamiento, por cuya bondad

yo apostaré hasta el límite. Muy noble Antonio,

no permitas que el dechado de virtud

que afianza y consolida nuestro afecto

se convierta en el ariete que arremeta
contra su fortaleza, pues, si ambas partes
no lo aman, más valdría no habernos
hermanado de este modo.

ANTONIO

Que tu desconfianza no me ofenda.

CÉSAR

He dicho.

ANTONIO

Por mucho que rebusques, no hallarás
el más leve motivo de temor. ¡Los dioses
te asistan y el corazón de los romanos
apoye tus empresas! Aquí nos despedimos.

CÉSAR

Adiós, queridísima hermana, adiós.

Los elementos te acompañen y llenen
de ánimo tu espíritu. Adiós.

OCTAVIA

¡Mi noble hermano!

ANTONIO

Abril está en sus ojos; estas aguas
inician la primavera del amor. Ten ánimo.

OCTAVIA

Cuida bien la casa de mi esposo y...

CÉSAR

¿Qué, Octavia?

OCTAVIA

Te lo diré al oído.

ANTONIO

Su lengua no obedece al corazón,

ni el corazón puede guiar su lengua:
como el plumón del cisne antes de la marea,
que flota sin moverse a un lado u otro.

ENOBARBO [aparte a AGRIPA]

¿Va a llorar César?

AGRIPA [aparte a ENOBARBO]

Tiene una nube en la cara.

ENOBARBO

En un caballo sería una mancha,
y lo es en un hombre.

AGRIPA

Pero, Enobarbo, cuando Antonio
vio muerto a Julio César, casi rugía
del llanto, y lloró cuando en Filipos
halló muerto a Marco Bruto.

ENOBARBO

Ese año le aquejaba un lagrimeo;
lamentaba lo que adrede destruía.
Cuando me veas llorar, créelo.

CÉSAR

No, querida Octavia; sabrás
de mí continuamente. El tiempo
nunca hará que yo te olvide.

ANTONIO

Vamos, vamos. Sea mi abrazo
un forcejeo de amor contigo. Mira,
ya te tengo; y ahora te suelto
para entregarte a los dioses.

CÉSAR

Adiós. Sé feliz.

LÉPIDO

¡Que las innúmeras estrellas
iluminen tu hermoso camino!

CÉSAR

¡Adiós, adiós!

Besa a OCTAVIA.

ANTONIO

¡Adiós!

[Clarines. Salen.]

ESCENA III

[Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRA y ALEXAS.]

CLEOPATRA

¿Dónde está ese hombre?

ALEXAS

Tiene miedo de entrar.

CLEOPATRA

¡Vamos, vamos!

[Entra el MENSAJERO de antes.]

Ven aquí.

ALEXAS

Majestad, ni Herodes de Judea osa mirarte
cuando no estás a gusto.

CLEOPATRA

Pediré la cabeza de ese Herodes.

Pero, ¿cómo, si no está Antonio? ¿Quién
dará por mí la orden? — Tú, acércate.

MENSAJERO

¡Augusta majestad!

CLEOPATRA

¿Has visto a Octavia?

MENSAJERO

Sí, temida reina.

CLEOPATRA

¿Dónde?

MENSAJERO

Señora, en Roma. Le vi la cara; vi
que iba entre su hermano y Marco Antonio.

CLEOPATRA

¿Es de mi estatura?

MENSAJERO

No, señora.

CLEOPATRA

¿La oíste hablar? ¿Es de voz chillona o baja?

MENSAJERO

Señora, la oí hablar: habla bajo.

CLEOPATRA

Mala cosa. No le gustará por mucho tiempo.

CARMIA

¿Gustarle a él? ¡Ah, Isis! ¡Imposible!

CLEOPATRA

Eso creo, Carmia. Voz oscura, enana.

¿Hay majestad en su paso? Recuérdalo,
si es que has visto majestad alguna vez.

MENSAJERO

Se arrastra. Es igual
andando que parada. Más que vida,
tiene cuerpo; una estatua que no alienta.

CLEOPATRA

¿Es verdad?

MENSAJERO

Sí, o yo no sé observar.

CARMIA

No hay tres en Egipto que miren mejor.

CLEOPATRA

Es muy listo, ya lo noto. No hay nada especial en ella. Éste sabe juzgar.

CARMIA

Y muy bien.

CLEOPATRA

Anda, calcula su edad.

MENSAJERO

Señora, era viuda...

CLEOPATRA

¿Viuda? ¡Escucha, Carmia!

MENSAJERO

Creo que tiene treinta años.

CLEOPATRA

¿Recuerdas bien su cara? ¿Es larga o redonda?

MENSAJERO

Redonda en demasía.

CLEOPATRA

Las que así la tienen suelen ser bobas.

Y el pelo, ¿de qué color?

MENSAJERO

Castaño, señora. Y la frente, baja; más baja no la querría.

CLEOPATRA

Aquí tienes oro. No tomes a mal
mi malhumor de antes. Volveré
a darte trabajo; creo que eres
el idóneo para hacerlo. Vamos, prepárate;
mis cartas están listas.

[Sale el MENSAJERO.]

CARMIA

Un tipo perfecto.

CLEOPATRA

Es verdad, y me arrepiento mucho
de haberle tratado mal. Según dice,
esa mujer no es nada extraordinaria.

CARMIA

Nada, señora.

CLEOPATRA

Éste ha visto majestad; sabe distinguir.

CARMIA

¿Que si ha visto majestad? ¡Por Isis que si ha visto,
habiéndote servido tanto tiempo!

CLEOPATRA

Mi buena Carmia, aún tengo algo más
que preguntarle. Es igual: podrás llevarle
adonde voy a escribir. Todo puede ir bien.

CARMIA

Seguro que sí, señora.

[Salen.]

ESCENA IV

[Entran ANTONIO y OCTAVIA.]

ANTONIO

No, no, Octavia, no sólo eso;
eso tendría excusa —eso y mil cosas más
de esa importancia—, pero vuelve a guerrear
contra Pompeyo; hace testamento
y lo lee públicamente; habla de mí
de mala gana; cuando, ya sin más remedio,
tiene que elogiarme, sus elogios
son fríos y pobres; no me hace justicia;
ni aun dándole ocasión él la aprovecha
o, si lo hace, es de boquilla.

OCTAVIA

Mi buen esposo,
no lo creas todo o, si has de creerlo,
no te ofendas. Si hubiera división, no habría
mujer más desgraciada entre dos hombres
rezando por los dos.
Los dioses se reirían de mí si yo
les implorase «¡Benedicid a mi esposo!»
y después me desdijera exclamando
«¡Benedicid a mi hermano!». Suplicar
que triunféis uno y otro deshace ya la súplica,
sin vía media entre los extremos.

ANTONIO

Noble Octavia, que tu sentido amor
te lleve hacia la parte que hace más
por preservarlo. Si yo pierdo mi honor,
me pierdo a mí mismo; mejor no ser tu esposo
que serlo despojado. Pero, como has pedido,

harás de mediadora. Mientras tanto,
haré un reclutamiento de guerreros
que deshonrará a tu hermano. Apresúrate,
y que se cumplan tus deseos.

OCTAVIA

Gracias, esposo.

¡Quiera el fuerte Júpiter que yo, tan débil,
sea quien os hermane! Una guerra entre vosotros
sería como el mundo abierto en dos,
que sólo los muertos cerrarían.

ANTONIO

Cuando veas claramente quién empezó todo,
dirige ahí tu disgusto, pues nuestras culpas
no podrán ser tan iguales que tu amor
trate con ellas por igual. Prepara el viaje,
elige compañía y haz los gastos
que te dicte el corazón.

[Salen.]

ESCENA V

[Entran ENOBARBO y EROS.]

ENOBARBO

¿Qué hay, amigo Eros?

EROS

Noticias pasmosas.

ENOBARBO

¿Cuáles?

EROS

César y Lépido le han declarado la guerra a Pompeyo.

ENOBARBO

Ésa es vieja. ¿Y el resultado?

EROS

Que César, tras valerse de Lépido para luchar contra Pompeyo, muy pronto le niega la igualdad y le impide compartir la gloria de la empresa. Y no se para ahí: le acusa por cartas que escribió a Pompeyo tiempo atrás y, con esta acusación, le arresta. Así que el pobre triunviro está a la sombra hasta que la muerte le libre de su encierro.

ENOBARBO

Entonces, mundo, te quedan sólo dos mandíbulas;

aunque les eches todo tu alimento,

acabarán moliéndose entre sí. ¿Y Antonio?

EROS

Paseando en el jardín, así, dando

patadas a los juncos. Grita «¡Torpe Lépido!»

y amenaza con degollar a ese oficial suyo

que asesinó a Pompeyo.

ENOBARBO

Nuestra gran flota ya está aparejada.

EROS

Contra Italia y César. Hay más, Domicio;

mi señor quiere verte pronto. Tenía

que haber dejado mis noticias para luego.

ENOBARBO

No será nada. Es igual, llévame a Antonio.

EROS

Vamos.

[Salen.]

ESCENA VI

[Entran AGRIPA, MECENAS y CÉSAR.]

CÉSAR

Despreciando a Roma, ha hecho en Alejandría
todo eso y mucho más. Te cuento cómo:
en la plaza pública, sobre tribuna plateada,
aparecen Cleopatra y él, sentados
en tronos de oro. A sus pies, Cesarión,
a quien llaman el hijo de mi padre,
y toda esa prole ilegítima
que ha engendrado su lascivia. A ella
le da posesión de Egipto y la hace
reina absoluta de la baja Siria,
Chipre y Lidia.

MECENAS

¿Eso en público?

CÉSAR

En el gimnasio y ante todos.
A sus hijos los proclama reyes de reyes:
a Alejandro le da la gran Media,
Armenia y Partia; a Tolomeo le asigna
Siria, Cilicia y Fenicia. Dicen
que ese día Cleopatra se mostró,
y que solía conceder audiencias,
vestida con las ropas de la diosa Isis.

MECENAS

Roma ha de saberlo.

AGRIPA

Que, asqueada ya de su insolencia,

le retirará su estima.

CÉSAR

El pueblo lo sabe y ya está enterado
de sus acusaciones.

AGRIPA

¿A quién acusa?

CÉSAR

A César. Dice que, habiendo saqueado
a Sexto Pompeyo en Sicilia, no le entregué
su parte de la isla, y que los barcos
que me prestó no se los devolví. Por último,
le irrita que se haya depuesto
a Lépido del triunvirato y que, entonces,
yo me quede con sus rentas.

AGRIPA

Señor, hay que contestarle.

CÉSAR

Ya está hecho; el mensajero ha partido.
Le he dicho que Lépido se había vuelto muy cruel,
que abusaba de su alta autoridad
y merecía el castigo. Respecto a mis conquistas,
le concedo parte, pero yo quiero lo mismo
de su Armenia y de sus otros reinos conquistados.

MECENAS

En eso no cederá.

CÉSAR

Tampoco yo a sus demandas.

Entra OCTAVIA con su séquito.

OCTAVIA

¡Salud, queridísimo César! ¡Salud, señores!

CÉSAR

¡Cómo pensar que había de llamarte abandonada!

OCTAVIA

Ni me lo has llamado, ni tienes motivo.

CÉSAR

¿Por qué vienes así, a escondidas? No pareces la hermana de César. A la esposa de Antonio debía anunciarla una tropa, y relinchos de caballos avisar que se aproxima mucho antes que aparezca. Los árboles del camino debían estar atestados, desfalleciendo la anhelante expectación. Hasta el cielo tenía que haber subido todo el polvo levantado por tu gran ejército. Mas tú llegas a Roma como una campesina, impidiendo las muestras públicas de afecto, que, oculto, se estima que no existe, cuando había que acogerte por tierra y por mar, aumentando en cada etapa nuestra bienvenida.

OCTAVIA

Mi querido señor, no vengo aquí obligada; lo hago libremente. Señor, Marco Antonio, oyendo que preparabas una guerra, me apenó con la noticia; por eso le pedí permiso para verte.

CÉSAR

Que concedió al momento, al ser tú una obstrucción entre él y su lujuria.

OCTAVIA

No digas eso.

CÉSAR

Tengo espías y sus asuntos
me llegan como el viento. ¿Dónde está ahora?

OCTAVIA

Señor, en Atenas.

CÉSAR

No, mi engañada hermana: ha cedido
a un gesto de Cleopatra. Le ha dado su imperio
a una zorra, y los dos para la guerra han alistado
a todos los reyes de la tierra. Están con él

Boco, rey de Libia; Arquelao
de Capadocia; Filadelfo, rey
de Paflagonia; Sadalas, rey de Tracia;
el rey Malco de Arabia; el rey del Ponto;
Herodes de Judea; Mitrídates, rey
de Comagena; Polemón y Amintas,
reyes de los medos y de los licaonios,
y una larga lista de coronas.

OCTAVIA

¡Desgraciada de mí, que tengo el corazón
dividido entre dos amigos en contienda!

CÉSAR

Sé bienvenida.

Tus cartas impidieron que estallase
hasta que vi que te engañaban y que yo
peligraba al no actuar. Ten ánimo.
No te inquiete el momento, que impone
estas penalidades a tu dicha,
y sin lamentos deja que lo predestinado
siga su camino. Bienvenida a Roma;
para mí no hay nada más querido.

Te han burlado hasta lo impensable, y los dioses,
para hacerte justicia, buscan sus agentes
en mí y en cuantos te aman. Ten consuelo
y sé muy bienvenida.

AGRIPA

Bienvenida, señora.

MECENAS

Bienvenida, señora. Toda alma
de Roma te ama y compadece.

Sólo el adúltero Antonio, sin freno
en sus indignidades, te rechaza
y da su alto poder a una buscona
que clama contra nosotros.

OCTAVIA

¿Es cierto?

CÉSAR

Muy cierto. Hermana, bienvenida. Te lo ruego,
cultiva la paciencia. ¡Queridísima hermana!

[Salen.]

ESCENA VII

[Entran CLEOPATRA y ENOBARBO]

CLEOPATRA

Ya me las pagarás, no tengas duda.

ENOBARBO

Pero, ¿por qué, por qué?

CLEOPATRA

Te has opuesto a que yo vaya a esa guerra

y dices que no es propio.

ENOBARBO

¿Lo es, lo es?

CLEOPATRA

¿No la han declarado contra mí?

¿Por qué no he de estar allí en persona?

ENOBARBO

Podría responderte que si fuéramos
con caballos y yeguas, sobrarían
los caballos: soldados y caballos
montarían a las yeguas.

CLEOPATRA

¿Qué estás diciendo?

ENOBARBO

Tu presencia será un estorbo para Antonio;
de su ánimo, tiempo, pensamiento
quitarás lo que precisa. Ya le han
acusado de liviano, y dicen en Roma
que son Plotino, un eunuco y tus damas
quienes llevan esta guerra.

CLEOPATRA

¡Húndase Roma y púdranse
las lenguas maldicientes! He gastado en esta guerra
y, cual señora de mi reino, allí estaré
igual que un hombre. No te opongas.
Atrás no voy a quedarme.

[Entran ANTONIO y CANIDIO.]

ENOBARBO

He dicho. Aquí llega el emperador.

ANTONIO

Canidio, ¿no es sorprendente
que desde Brindis y Tarento él pudiera
cruzar el mar Jonio tan deprisa
y capturar Torine? — ¿Lo sabías, mi amor?

CLEOPATRA

A quien más asombra la presteza
es al negligente.

ANTONIO

Buena réplica, y como reproche
a la indolencia cuadraría bien
al mejor de los hombres. Canidio,
le haré frente por mar.

CLEOPATRA

¿Por mar? ¿Cómo, si no?

CANIDIO

¿Por qué por mar, señor?

ANTONIO

Porque él me reta así.

ENOBARBO

Y tú, señor, le retaste a singular combate.

CANIDIO

Sí, a pelear en Farsalia, donde César
luchó contra Pompeyo. Mas él ha rechazado
las propuestas que no le convenían,
como tú debes la suya.

ENOBARBO

Tu marinería no es buena: la componen
muleros, segadores, reclutados
deprisa y a la fuerza. En la de César están
los que solían combatir a Pompeyo;

sus barcos son ligeros; los tuyos, pesados.
No sufrirás deshonra por negarte
a ir por mar, estando dispuesto a ir por tierra.

ANTONIO

Por mar, por mar.

ENOBARBO

Noble señor, así arrojas por la borda
tu superioridad por tierra; divides
a tu ejército, integrado por infantes
aguerridos; no despliegas la estrategia
que te ha dado tu renombre; abandonas
la vía que promete la victoria y te entregas
por entero al azar y a la ventura
teniendo certidumbre.

ANTONIO

Lucharé por mar.

CLEOPATRA

Tengo sesenta barcos, mejores que los de César.

ANTONIO

Quemaremos las naves que nos sobren;
con las demás, bien tripuladas, batiremos
a César desde Accio. Si fallamos,
combatiremos por tierra.

[Entra un MENSAJERO.]

¿Hay noticias?

MENSAJERO

Y muy ciertas, señor. Le han avistado;
César ha tomado Torine.

ANTONIO

¿Él allí en persona? Es imposible.

Ya sorprende que esté allí su ejército. Canidio,
mandarás mis diecinueve legiones en tierra
y mis doce mil jinetes. Yo voy a mi barco.

¡Vamos, mi Tetis!

[Entra un SOLDADO.]

¿Qué hay, buen soldado?

SOLDADO

¡Noble emperador, no luches por mar!
No te fíes de viles tablas. ¿No confías
en mi espada y mis heridas? Que naden
egipcios y fenicios; lo nuestro
es conquistar pisando suelo firme
y luchando cuerpo a cuerpo.

ANTONIO

Muy bien, vamos.

[Salen ANTONIO, CLEOPATRA y ENOBARBO.]

SOLDADO

Por Hércules, que estoy en lo cierto.

CANIDIO

Lo estás, soldado. Mas él no basa
sus planes en su fuerza: nuestro guía
va guiado y servimos a mujeres.

SOLDADO

Tú mandas en tierra las legiones
y toda la infantería, ¿verdad?

CANIDIO

Marco Octavio, Marco Justeyo,
Publícola y Celio van por mar,
pero yo mando en tierra. La rapidez
de César le dispara lo indecible.

SOLDADO

Mientras estaba en Roma, sus tropas
se dividían de tal modo que burlaban
a todos los espías.

CANIDIO

¿Quién es su lugarteniente? ¿Lo sabes?

SOLDADO

Dicen que un tal Tauro.

CANIDIO

Le conozco bien.

Entra un MENSAJERO.

MENSAJERO

El emperador llama a Canidio.

CANIDIO

El tiempo está preñado de noticias
y cada minuto pare alguna.

[Salen.]

ESCENA VIII

[Entran CÉSAR y TAURO con el ejército en marcha.]

CÉSAR

¡Tauro!

TAURO

¿Señor?

CÉSAR

No ataques por tierra ni dividas las tropas;
nada de batalla hasta que yo acabe por mar.
Atente a lo ordenado en este escrito:

nuestra suerte depende de este azar.

[Salen.]

ESCENA IX

[Entran ANTONIO y ENOBARBO.]

ANTONIO

Pongamos nuestras filas a ese lado del monte,
a la vista de las tropas de César;
desde allí podemos ver los barcos
y actuar según el número.

[Salen.]

ESCENA X

[Entran CANIDIO con su ejército, cruzando el escenario por un lado, y TAURO, lugarteniente de César, con el suyo por el otro. Salen, y entonces se oye el fragor de un combate naval. Trompetas. Entra ENOBARBO.]

ENOBARBO

¡Perdido, todo perdido! ¡Mirar más no puedo!

La Antoniada, la nave almirante de Egipto,

y sus sesenta barcos han virado y huyen.

De verlo me arden los ojos.

[Entra ESCARO.]

ESCARO

¡Dioses, diosas y todo su concilio!

ENOBARBO

¿Por qué esa excitación?

ESCARO

¡Perdida la mayor parte del mundo

de pura torpeza! Los besos se han llevado
reinos y provincias.

ENOBARBO

¿Cómo va la batalla?

ESCARO

Por nuestro lado, cual la mancha de la peste:
muerte segura. A esa yegua rijosa de Egipto
(¡la lepra se la lleve!), en medio del combate,
cuando nuestras suertes parecían gemelas,
ambas iguales o la nuestra aún mayor,
le pica el tábano como a vaca en junio,
iza velas y huye.

ENOBARBO

Eso ya lo he visto. La escena
repugnó a mis ojos y no pude
continuar mirando.

ESCARO

En cuanto ella orzó,
Antonio, noble ruina de su magia,
bate las alas veleras y, cual pato encelado,
vuela tras ella en el ardor del combate.
Nunca he visto acción tan deshonrosa.
Experiencia, hombría, honor, jamás
se infamaron de ese modo.

ENOBARBO

¡Qué dolor, qué dolor!

[Entra CANIDIO.]

CANIDIO

Nuestra suerte en el mar está agotada
y se hunde tristemente. Si nuestro general

hubiera estado a su altura, todo habría ido bien.

¡Ah, su huida es un ejemplo flagrante
para la nuestra!

ENOBARBO

¿Ésa es tu idea? Entonces sí que se acabó.

CANIDIO

Huyeron hacia el Peloponeso.

ESCARO

Llegar allí es fácil. Allí esperaré
lo que ocurra luego.

CANIDIO

Yo me rindo a César con las legiones
y la caballería. Seis reyes
me han mostrado ya el camino.

ENOBARBO

Yo seguiré aún la suerte herida de Antonio,
aunque el viento de la razón me sople en contra.

[Salen.]

ESCENA XI

[Entran ANTONIO y acompañamiento.]

ANTONIO

¡Oíd! La tierra me ordena que ya no la pise;
le avergüenza sostenerme. Acercaos, amigos.
Se me ha hecho tan de noche en este mundo
que me he perdido para siempre. Tengo un barco
cargado de oro: tomadlo, repartidlo.
Huid y haced la paz con César.

TODOS

¿Huir? Nada de eso.

ANTONIO

Yo mismo he huido y enseñado a los cobardes
a salir huyendo. Amigos, marchaos.

He tomado una determinación
que no precisa de vosotros. Marchaos.

Mi tesoro está en el puerto. Tomadlo.

Seguí lo que mirar me da vergüenza.

Aun mis cabellos se pelean, pues las canas
acusan de exaltados a mis pelos negros,
y éstos a ellas de necias y miedosas. Marchaos,
amigos. Os daré cartas para amigos

que os allanarán la senda. Vamos, no estéis tristes,
ni respondáis a disgusto: lo que ofrece
mi desesperanza, aprovechadlo. Abandonad

al que a sí mismo se abandona. ¡A la orilla!

Seréis dueños del barco y su tesoro.

Dejadme ahora un rato, os lo ruego;

dejadme. Ya no tengo autoridad,

por eso ruego. Os veré pronto.

[Se sienta. Sale el acompañamiento.]

Entra CLEOPATRA llevada por CARMIA y EROS. Les sigue EIRA.]

EROS

Mi noble señora, ve con él, anímale.

EIRA

Hazlo, mi querida reina.

CARMIA

Pues, ¿qué, si no?

CLEOPATRA

Dejad que me sienta. ¡Ah, Juno!

ANTONIO

¡No, no, no, no, no!

EROS

¿Ves quién está, señor?

ANTONIO

¡Ah, vergüenza, vergüenza!

CARMIA

¡Señora!

EIRA

¡Señora, buena emperatriz!

EROS

¡Señor, señor!

ANTONIO

Sí, mi señor, sí. Él en Filipos con la espada
en la vaina como un bailarín, mientras yo hería
al flaco y arrugado Casio; y fui yo
el que acabó con el loco de Bruto. Luchaban
sus subordinados, pues él no tenía práctica
en las grandes disputas de la guerra. Mas no importa.

CLEOPATRA

¡Ah, quedaos a mi lado!

EROS

La reina, señor, la reina.

EIRA

Ve con él, señora, háblale.

La vergüenza le tiene avasallado.

CLEOPATRA

Muy bien, sostenedme. ¡Ah!

EROS

Mi señor, levántate; se acerca la reina.

Viene abatida y la acecha la muerte
si no logras animarla.

ANTONIO

He ultrajado mi honra:
un extravío de lo más vil.

EROS

Señor, la reina.

ANTONIO

¡Ah! ¿Adónde me has llevado, Egipto?
Ve cómo escondo a tus ojos mi vergüenza,
mirando lo que he dejado atrás
destruido con deshonra.

CLEOPATRA

¡Ah, mi señor, mi señor! Perdona
a mis cobardes barcos. ¡Cómo iba yo a pensar
que irías a seguirme!

ANTONIO

Reina, sabías muy bien que a tu timón
las fibras del corazón llevaba atadas
y que me remolcarías. Bien sabías
tu pleno poderío sobre mi alma
y que a una seña tuya yo te obedecería
aun oponiéndome a los dioses.

CLEOPATRA

¡Ah, perdóname!

ANTONIO

Ahora he de hacer la humilde paz
con ese joven, maniobrar, urdir
tretas viles; yo, que jugué siempre

con la mitad del mundo como quise,
haciendo y deshaciendo fortunas. Sabías
a qué extremo tú eras mi conquistadora
y que mi espada, aun decaída por mi amor,
le obedecería en lo que fuese.

CLEOPATRA

¡Perdóname, perdóname!

ANTONIO

No viertas ni una lágrima; sólo una vale
todo lo ganado y lo perdido. Dame un beso.

Esto solo ya me paga.— Envié al tutor.

¿Ha vuelto ya? — Amor, me siento de plomo.—

¡Vino y comida! Bien sabe la fortuna
que más la desprecio cuando más injuria!

[Salen.]

ESCENA XII

[Entran CÉSAR, AGRIPA, DOLABELA, TIDIAS y otros.]

CÉSAR

Que pase el enviado de Antonio.

¿Le conoces?

DOLABELA

César, es su preceptor: señal
de que está desplumado, pues envía
a esta mísera pluma de su ala,
cuando no hace tantas lunas le sobraban reyes
para hacer de mensajeros.

[Entra el EMISARIO de Antonio.]

CÉSAR

Acércate y habla.

EMISARIO

Vengo como humilde servidor de Antonio.

He contado tan poco en sus empresas
como el rocío matinal que cubre el mirto
al lado de su océano.

CÉSAR

Muy bien. Di tu mensaje.

EMISARIO

Señor de su destino te saluda
y te pide que le dejes en Egipto;
si no, rebaja el ruego y se conforma
con vivir entre la tierra y el cielo
cual ciudadano de Atenas. Esto en cuanto a él.
Respecto a Cleopatra, admite tu grandeza,
se pliega a tu poder y solicita
la corona de los Tolomeos para sus hijos,
que ahora pende de tu gracia.

CÉSAR

A los ruegos de Antonio no hago oídos.
A la reina daré audiencia y lo que pida
si de Egipto expulsa a su amigo deshonorado
o le quita allí la vida. Si esto cumple,
no rogaré en vano. Llévalos esta respuesta.

EMISARIO

¡La fortuna te acompañe!

CÉSAR

Escoltadlo entre las tropas.

[Sale el EMISARIO.]

Es hora de que pruebes tu elocuencia. ¡En marcha!

A Cleopatra apártala de Antonio; prométele
en mi nombre lo que pida; añádele
cuantas ofertas se te ocurran. Las mujeres
no son fuertes ni en la dicha: la necesidad
hace perjura a una vestal. Emplea tu maña,
Tidias. Decreta el pago de tu esfuerzo,
que yo aceptaré como una ley.

TIDIAS

César, ya parto.

CÉSAR

Observa cómo Antonio soporta su infortunio
y juzga si su ánimo se muestra
en todas sus acciones.

TIDIAS

Así lo haré, César.

[Salen.]

ESCENA XIII

[Entran CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIA y EIRA.]

CLEOPATRA

¿Qué vamos a hacer, Enobarbo?

ENOBARBO

Morir de tristeza.

CLEOPATRA

¿Quién tiene la culpa, Antonio o yo?

ENOBARBO

Sólo Antonio, por hacer de su deseo

el rey de su razón. ¿Qué importaba que tú huyeses
del rostro de la guerra, si cada bando
se asustaba uno del otro? ¿Por qué te siguió?
El picor de su deseo no debiera
haber truncado su poder en ese trance
en que el mundo en dos mitades se enfrentaba,
y la sola causa, él. Fue vergüenza no peor
que la derrota correr tras tu enseña fugitiva
para asombro de su armada.

CLEOPATRA

Calla, te lo ruego.

Entra el EMISARIO con ANTONIO.

ANTONIO

¿Ésa es su respuesta?

EMISARIO

Sí, mi señor.

ANTONIO

Que dará buen trato a la reina
si ella me entrega.

EMISARIO

Eso dice.

ANTONIO

Que ella se entere: envíale
esta cabeza canosa al niño César;
él colmará tus deseos con principados.

CLEOPATRA

¿Esa cabeza, mi señor?

ANTONIO [al EMISARIO]

Vuelve a verle. Dile que lleva en él la rosa
de la juventud, por la que el mundo espera de él

algo especial. Su oro, sus naves, sus legiones
podrían ser de un cobarde; los suyos
vencerían al servicio de un muchacho
igual que bajo el mando de César. Que por eso
le reto a que prescinda de sus regios adornos
y se enfrente a este postrado, con la espada,
los dos solos. Voy a escribirlo. Ven conmigo.

[Salen ANTONIO y el EMISARIO.]

ENOBARBO [aparte]

¡Sí, seguro que el César triunfador
destrona su ventura y se presta a ese teatro
contra un espadachín! El juicio de los hombres
varía con su fortuna, y lo externo
arrastra tras de sí a la índole interna
hasta la ruina. Él, que conoce altibajos,
¡soñar que César, ahora lleno, va
a atender su vaciedad! César,
le has derrotado hasta el juicio.

[Entra un CRIADO.]

CRIADO

Un mensajero de César.

CLEOPATRA

¡Cómo! ¿Sin más ceremonia? — Ya veis, mujeres:
ante la rosa mustia se tapa la nariz
quien floreciendo la adoraba.— Que pase.

[Sale el CRIADO.]

ENOBARBO [aparte]

Mi honor y yo entramos en disputa.
La lealtad a los necios se convierte
en pura necedad, mas quien porfía

en seguir fielmente a su señor caído
derrota lo que derrotó a su amo
y tiene un puesto en la crónica.

[Entra TIDIAS.]

CLEOPATRA

¿Qué desea César?

TIDIAS

Óyelo a solas.

CLEOPATRA

Son todos amigos. Habla sin miedo.

TIDIAS

Tal vez sean amigos de Antonio.

ENOBARBO

Él necesita cuantos tiene César
o no nos necesita. Si quiere César, él
será al instante amigo suyo. Y nosotros
somos de quien sea él, es decir, de César.

TIDIAS

Muy bien. Entonces, a la muy insigne:
César te ruega que no pienses en tu caso,
ya que él es César.

CLEOPATRA

Muy regio. Prosigue.

TIDIAS

Él sabe que no te uniste a Antonio
por amor, sino por miedo.

CLEOPATRA

¡Oh!

TIDIAS

Por tanto, esas cicatrices en tu honra

él las compadece como estigmas forzados,
nunca merecidos.

CLEOPATRA

Es un dios y sabe lo que es cierto.

Mi honra no la di; fue del todo conquistada.

ENOBARBO [aparte]

Para estar seguro, preguntaré a Antonio.

Señor, estás haciendo agua, tanto
que dejaremos que te hundas, pues
tus más amados te abandonan.

[Sale.]

TIDIAS

¿Quieres que diga a César tus deseos?

Pues él en buena parte desea que le pidan.

Complacido quedaría si de su suerte
te hicieras un bastón en que apoyarte.

Y le caldearía el ánimo saber
que has dejado a Antonio y que te pones
a su amparo de señor universal.

CLEOPATRA

¿Cómo te llamas?

TIDIAS

Me llamo Tidias.

CLEOPATRA

Gentilísimo emisario, transmítele
al gran César que beso su mano victoriosa,
que estoy presta a rendir a sus plantas
mi corona, y allí ante él postrarme.

Dile que de su voz omnipotente
oiré la suerte de esta reina.

TIDIAS

Tu más noble proceder.

Enfrentadas la prudencia y la fortuna,
si la primera se atreve a decidir,
no hay azar que la perturbe. Permíteme
que te ofrezca mis respetos en tu mano.

CLEOPATRA

El padre de tu César,
cuando soñaba con tomar imperios,
solía poner sus labios en ese indigno sitio
en un llover de besos.

[Entran ANTONIO y ENOBARBO.]

ANTONIO

¿Conque favores? Por Júpiter tonante,
¿tú quién eres?

TIDIAS

Uno que sólo cumple órdenes
del hombre más perfecto y el más digno
de ser obedecido.

ENOBARBO [aparte]

Te van a azotar.

ANTONIO

¡Que venga alguien! — ¡Ah, sanguijuela! — ¡Dioses, diablos!
Mi autoridad se hunde. Hace poco los llamaba
y, como críos en rebatiña, los reyes acudían
diciendo: «¿Qué deseas?» — ¿No me oís? —
Aún soy Antonio.

[Entran criados.]

Llevaos a este ruin y azotadle.

ENOBARBO [aparte]

Más vale jugar con un leoncillo
que con león viejo y moribundo.

ANTONIO

¡Luna y estrellas! ¡Azotadle!
Fueran veinte de los más grandes tributarios
de César, si los viera insolentarse
con la mano de ésta... ¿Cómo se llama
desde que fue Cleopatra? Azotadle
hasta que retuerza esa cara como un niño
y pida a gritos compasión. ¡Lleváoslo!

TIDIAS

Marco Antonio...

ANTONIO

¡Lleváoslo a rastras! Una vez azotado,
traedlo. Este esclavo de César
le llevará un mensaje de mi parte.

[Salen criados con TIDIAS.]

Tú estabas casi mustia antes de conocerte. ¿Eh?
¿Dejé la almohada sin hundir en Roma,
me abstuve de engendrar descendencia legítima
con una joya de mujer para que me engañe
una que complace a los parásitos?

CLEOPATRA

Mi señor...

ANTONIO

Siempre fuiste veleidosa,
mas, cuando nos embrutecemos en el vicio
—¡ah, desgracia!—, los sabios dioses nos ciegan,
nos sumen en nuestra inmundicia el claro juicio,
nos hacen adorar nuestros errores y se ríen

de ver que vamos a la ruina pavoneándonos.

CLEOPATRA

Pero, ¿es posible?

ANTONIO

Te encontré como un resto ya pasado
en el plato de Julio César; fuiste las sobras
de Gneo Pompeyo; más cuantas horas ardientes
escogiera tu lascivia y al rumor
del pueblo no le constan. Pues, sin duda,
aunque adivinas lo que sea la continencia,
tú no la conoces.

CLEOPATRA

¿A qué viene esto?

ANTONIO

¡Permitir que un tipo que recibe dádivas
y dice «Dios te lo premie» se tome
confianzas con mi amiga, tu mano, sello regio
y prenda de nobles corazones! ¡Así estuviera
yo en el monte de Basán para rugir
más que los cornúpetas! Salvaje motivo tengo,
y expresarlo gentilmente sería
como tener la soga al cuello y dar las gracias
al verdugo por ir rápido.

[Entra un CRIADO con TIDIAS.]

¿Le han azotado?

CRIADO

Sí, mi señor, y bien.

ANTONIO

¿Gritó, pidió perdón?

CRIADO

Rogó piedad.

ANTONIO

Si tu padre vive aún, que se apene
de que no hayas sido hija, y tú deplora
haber seguido a César en su triunfo,
pues te azotan por seguirle. Desde hoy
la mano blanca de una dama te dé fiebre;
tiembla con mirarla. Vuelve con César,
cuéntale el recibimiento y dile claro
que me irrita su conducta, pues parece
soberbio y desdeñoso, repitiendo lo que soy,
no lo que él sabe que fui. Me enfurece,
lo que ahora es más fácil de lograr,
cuando la buena estrella que antes me guiaba
se ha salido de su esfera y lanza el fuego
a los abismos infernales. Si le disgustan
mis palabras y mi acción, dile que tiene
a Hiparco, mi liberto, a quien puede
azotar, ahorcar o torturar a su gusto
para desquitarse. Pondéraselo.

¡Fuera! ¡Largo con tus cicatrices!

[Sale TIDIAS.]

CLEOPATRA

¿Has terminado?

ANTONIO

Ah, nuestra luna terrena está eclipsada
y sólo anuncia la caída de Antonio.

CLEOPATRA

Tendré que esperar.

ANTONIO

Por adular a César,
¿te cruzas la mirada con uno
que le abrocha los botones?

CLEOPATRA

¿No me conoces aún?

ANTONIO

¿Así de fría conmigo?

CLEOPATRA

Mi amor, si así fuera,
¡que el cielo engendre granizo en mi alma
y en ella lo envenene! ¡Que la primera piedra
caiga sobre mí y derrita mi vida al derretirse!
¡Que la segunda derribe a Cesarión,
y así hasta que todos los recuerdos
de mi vientre y todos mis grandes egipcios,
al deshacerse esta granizada,
queden insepultos para que los entierren
las moscas y mosquitos del Nilo!

ANTONIO

Me convences. César ha acampado
en Alejandría, donde pienso enfrentarme
a su destino. Nuestras fuerzas de tierra
se mantienen noblemente, nuestra armada
dispersa se ha agrupado y flota amenazante.
¿Dónde estabas, amor? ¿Me oyes, mujer?
Si vuelvo de la lucha una vez más
a besarte los labios, vendré lleno de sangre.
Mi espada y yo pasaremos a las crónicas.
Aun hay esperanza.

CLEOPATRA

¡Bien por mi señor!

ANTONIO

Lucharé con triple nervio, ánimo y tesón,
como una furia. En mis días deleitosos
y felices liberaba a los hombres
por nada, pero ahora voy a plantarme
y a quien me pare he de mandarlo a las tinieblas.

¡Venga otra noche rumbosa! Llamad
a mis tristes capitanes. Llenemos las copas.

Burlemos la señal de medianoche.

CLEOPATRA

Hoy cumplo años. Pensaba celebrarlo
pobremente, mas, ya que mi señor
vuelve a ser Antonio, yo seré Cleopatra.

ANTONIO

Todo irá bien.

CLEOPATRA

¡Llamad a los nobles capitanes!

ANTONIO

Sí, yo hablaré con ellos. Esta noche
les voy a sacar el vino por las cicatrices.
Ven, reina mía, aún queda savia.
En mi próxima lucha la muerte habrá de amarme,
pues emularé a su guadaña de la peste.

[Salen todos menos ENOBARBO].

ENOBARBO

Quiere cegar al relámpago. Estar furioso
es perder el miedo, y en ese estado
la paloma ataca al gavilán. Siempre
que a mi capitán le mengua el seso,

le crece el ánimo. Si el valor come del juicio,
devora la espada con que lucha.
Buscaré la manera de dejarle.
[Sale.]

ACTO CUARTO

ESCENA I

[Entran CÉSAR leyendo una carta, AGRIPA y MECENAS con su ejército.]

CÉSAR

Me llama crío, y censura cual si tuviera
poder para echarme de Egipto. Azota
a mi emisario y me reta a singular combate,
César contra Antonio. Sepa mi viejo matón
que tengo muchas formas de morir;
mientras, me río de su reto.

MECENAS

No dude César que cuando rabia
un grande como él, es que está acosado
y ve la muerte. No le des respiro
y aprovecha su demencia. La ira
nunca supo vigilarse.

CÉSAR

Avisad a nuestros primeros jefes
que mañana tendremos ya la última
de todas las batallas. Hay en nuestras filas
soldados que hace poco servían a Antonio,

bastantes para apresarlo. Que lo hagan,
y festín para las tropas: estamos bien provistos
y merecen el derroche. ¡Pobre Antonio!
[Salen.]

ESCENA II

[Entran ANTONIO, CLEOPATRA, ENOBARBO, CARMIA, EIRA,
ALEXAS y otros.]

ANTONIO

¿No quiere pelear conmigo?

ENOBARBO

No.

ANTONIO

¿Por qué no?

ENOBARBO

Estima que, con veinte veces mejor suerte,
hace veinte contra uno.

ANTONIO

Soldado, mañana lucharé
por mar y tierra. Viviré, o en baño de sangre
haré que reviva mi honor moribundo.

¿Tú lucharás bien?

ENOBARBO

Correré gritando: «¡Todo o nada!»

ANTONIO

¡Muy bien! ¡Vamos! ¡Llamad a mis sirvientes!

La cena de esta noche será pródiga.

Entran tres o cuatro sirvientes.

Dame la mano. Has sido muy honrado;

y tú, y tú, y tú. Me habéis servido bien,
y a mí me han servido reyes.

CLEOPATRA [aparte a ENOBARBO]

¿Qué significa esto?

ENOBARBO [aparte a CLEOPATRA]

Es uno de esos gestos raros
que el dolor dispara desde el alma.

ANTONIO

Tú también eres honrado. Ojalá
pudiera yo partirme en cuantos sois
y vosotros apiñados os hicierais
un Antonio, para yo poder serviros
cual vosotros habéis hecho.

TODOS

¡Los dioses no lo quieran!

ANTONIO

Bueno, amigos, servidme esta noche.
No me escatiméis las copas, y tratadme
como cuando mi imperio estaba a mi servicio
y obedecía mis órdenes.

CLEOPATRA [aparte a ENOBARBO]

¿Qué se propone?

ENOBARBO [aparte a CLEOPATRA]

Hacer llorar a sus criados.

ANTONIO

Atendedme esta noche.
Tal vez sea el final de vuestro empleo.
Quizá ya no volváis a verme, o me veáis
como un espectro desgarrado. Puede que mañana
sirváis a otro señor. Os miro ahora

como el que se despide. Buenos amigos,
yo no os echo, sino que, como un amo
ligado a un buen servicio, me quedo hasta la muerte.
Atendedme dos horas esta noche, nada más,
y los dioses os lo premien.

ENOBARBO

¿Qué te propones, señor, entristeciéndolos?

Mira, están llorando, y yo, bobo de mí,
estoy lloroso. ¡Qué vergüenza!

¡No nos cambies en mujeres!

ANTONIO

¡Bah, bah! Que me embrujen si era ése
mi propósito. ¡Crezca hierba de la gracia
donde caigan esas gotas! Amigos míos,
les dais un sentido muy penoso a mis palabras.

Deseaba daros gozo, dejar arder
las luces esta noche. Amigos del alma,
mañana espero salir bien, y he de llevaros
donde más que una muerte con honor
me aguarda una vida victoriosa. Vamos,
¡a la cena, y ahogad preocupaciones!

[Salen.]

ESCENA III

[Entran SOLDADOS.]

SOLDADO 1.º

Hermano, buenas noches. Mañana es el día.

SOLDADO 2.º

El que decidirá. Buena suerte.

¿No has oído nada extraño por las calles?

SOLDADO 1.º

Nada. ¿Qué hay de nuevo?

SOLDADO 2.º

Quizá sea un rumor. Buenas noches.

SOLDADO 1.º

En fin, buenas noches.

Entran más SOLDADOS.

SOLDADO 2.º

Buena guardia, soldados.

SOLDADO 3.º

Igualmente. Buenas noches, buenas noches.

Se sitúan en los rincones del escenario.

SOLDADO 2.º

Nosotros aquí. Si mañana
triunfa nuestra flota, a buen seguro
que sabrán afirmarse los de tierra.

SOLDADO 1.º

Es buena tropa, y arrojada.

Música de oboes bajo el escenario.

SOLDADO 2.º

¡Chss...! ¿Qué es ese ruido?

SOLDADO 1.º

¡Escucha!

SOLDADO 2.º

¿Oyes?

SOLDADO 1.º

Música en el aire.

SOLDADO 3.º

Bajo tierra.

SOLDADO 4.º

Es buena señal, ¿no?

SOLDADO 3.º

No.

SOLDADO 1.º

¡Callad! ¿Qué significa?

SOLDADO 2.º

Que el dios Hércules amado por Antonio
ahora le abandona.

SOLDADO 1.º

Ven. A ver si los otros centinelas
lo han oído.

SOLDADO 2.º

¿Qué hay, amigos?

[Hablan entre sí.]

TODOS

¿Qué hay, qué hay? ¿Oís esto?

SOLDADO 1.º

Sí. ¿No es pasmoso?

SOLDADO 3.º

¿Lo oís, amigos? ¿Lo oís?

SOLDADO 1.º

Seguid el ruido hasta el límite del puesto.

Veamos dónde acaba.

TODOS

Conforme. Es asombroso.

[Salen.]

ESCENA IV

[Entran ANTONIO y CLEOPATRA con CARMIA y acompañamiento.]

ANTONIO

¡Eros! ¡Mi armadura, Eros!

CLEOPATRA

Duerme un poco.

ANTONIO

No, mi bien. ¡Eros! ¡Mi armadura, Eros!

Entra EROS.

Vamos, amigo, ponme ese hierro.

Si hoy la suerte no nos es propicia,
será por desafiarla. Vamos.

CLEOPATRA

Voy a ayudarte. ¿Para qué es esto?

ANTONIO

¡Ah, deja, deja! Tú ya me armas
el ánimo. Así, no; así, así.

CLEOPATRA

Pues voy a ayudarte. Será así.

ANTONIO

Muy bien; ahora venceremos.

¿Lo ves, amigo? Anda a ponerte la armadura.

EROS

Voy, señor.

CLEOPATRA

¿No está bien abrochada?

ANTONIO

De maravilla. Quien la desabroche
antes que por reposar yo me la quite,

tendrá tormenta. Eros, estás torpe;
como escudero, mi reina es más hábil. ¡Vamos!
¡Ah, amor! Si hoy me vieras combatir
y entendieses la regia ocupación,
verías a un buen operario.

[Entra un SOLDADO en armas.]

¡Buenos días! ¡Bienvenido!

Por tu imagen conoces tu deber guerrero.

Madrugamos si nos gusta la tarea
y a ella vamos con placer.

SOLDADO

Señor, aunque sea temprano,
a las puertas os esperan a millares
vestidos ya de hierro.

[Aclamaciones. Clarines.]

Entran CAPITANES y SOLDADOS.]

CAPITÁN

Hermosa mañana. Buenos días, general.

TODOS

Buenos días, general.

ANTONIO

Amaneció bien, muchachos.

La mañana, como el ánimo del joven
ansioso de honor, empieza pronto.—

Bien, bien. Vamos, dame eso. Así, muy bien.

Adiós, mi dama. Cualquiera que sea mi suerte,

éste es beso de soldado. Reprensible

sería y deshonroso empeñarse

en vulgares ceremonias. Te dejo ya

como un hombre de acero.— Los que queráis luchar,

seguidme; yo os conduciré. Adiós.

[Salen todos menos CLEOPATRA y CARMIA].

CARMIA

¿Deseas retirarte a tu cámara?

CLEOPATRA

Acompáñame.

Va con brío. ¡Ojalá esta guerra acabe
entre César y él en singular combate!

Entonces Antonio... Pero ahora... ¡Vamos!

[Salen.]

ESCENA V

[Trompetas. Entran ANTONIO, EROS y un SOLDADO].

SOLDADO

¡Los dioses den hoy el triunfo a Antonio!

ANTONIO

¡Ojalá que tú y tus cicatrices
me hubieseis convencido de luchar por tierra!

SOLDADO

De haber sido así, los reyes desertores
y el que te ha abandonado esta mañana
aún te seguirían los pasos.

ANTONIO

¿Quién ha desertado esta mañana?

SOLDADO

Quien siempre iba contigo. Llama a Enobarbo,
que no te oirá, o dirá desde el campo de César:
«No soy de los tuyos.»

ANTONIO

Pero, ¿qué dices?

SOLDADO

Señor, está con César.

EROS

Señor, no se ha llevado
ni sus cofres ni tesoros.

ANTONIO

¿Se ha ido?

SOLDADO

Sin duda.

ANTONIO

Eros, ve a mandarle sus tesoros. Vamos.

Que no quede nada, te lo ordeno. Envíale
—yo firmaré— gentiles saludos.

Dile que espero que no tendrá motivo
para cambiar de amo. ¡Ah, mi suerte
ha corrompido a gente honrada! Corre. ¡Enobarbo!

[Salen.]

ESCENA VI

[Clarines. Entran AGRIPA y CÉSAR, con ENOBARBO y DOLABELA.]

CÉSAR

En marcha, Agripa; inicia la batalla.

Quiero que se aprese a Antonio vivo.

Hazlo saber.

AGRIPA

Sí, César.

[Sale.]

CÉSAR

Se acerca el tiempo de la paz universal.
Si el día es próspero, el mundo tripartito
llevará olivo en abundancia.

[Entra un MENSAJERO.]

MENSAJERO

Antonio ha llegado al campo.

CÉSAR

Decidle a Agripa que a los desertores
los ponga en la vanguardia, que parezca
que Antonio emplea su furia contra sí.

[Salen todos menos ENOBARBO].

ENOBARBO

Alexas desertó: estaba en Judea
por asuntos de Antonio. Allí convenció
al gran Herodes de que se pasara a César
y dejase a Antonio. César le ha pagado
con la horca. A Canidio y los demás
que desertaron les han dado empleos,
pero no de confianza. Yo he obrado mal,
y me acuso con tanto dolor que
he perdido la alegría.

[Entra un SOLDADO de César.]

SOLDADO

Enobarbo, Antonio te manda
todos tus tesoros, con un presente añadido.
El mensajero vino a mi puesto y ahora está
descargando las mulas en tu tienda.

ENOBARBO

Te los regalo.

SOLDADO

No te burles, Enobarbo; es verdad.

Deberías escoltar al emisario
hasta el final de nuestras líneas.

Lo habría hecho yo, mas tengo mi tarea.

Tu emperador sigue siendo un Júpiter.

[Sale.]

ENOBARBO

Soy el único infame de la tierra,
estoy convencido. ¡Ah, Antonio,
mina generosa, cómo habrías pagado
un servicio fiel cuando coronas
con oro mi bajeza! Se me hincha el corazón.
Si el pesar no lo revienta, habrá un remedio
más rápido; aunque creo que el pesar ya basta.
¿Yo combatirte? No, buscaré
una zanja en que morir. La más sucia
es la mejor para mis últimas horas.

[Sale.]

ESCENA VII

[Fragor de combate. Tambores y trompetas. Entra AGRIPA con otros].

AGRIPA

¡Retirada! Nos hemos confiado.

César está en un aprieto. La acometida
supera lo previsto.

[Salen.]

Fragor de combate. Entran ANTONIO y ESCARO herido.]

ESCARO

¡Mi buen emperador, esto es pelear!

De hacerlo así al principio, los habríamos rechazado con la cabeza vendada.

ANTONIO

Te estás desangrando.

ESCARO

Tenía una herida aquí como una te y ahora es una hache.

[Toque de retreta a lo lejos.]

ANTONIO

Se retiran.

ESCARO

Les daremos caza hasta las letrinas.

Me queda sitio para otros seis tajos.

Entra EROS.

EROS

Señor, están vencidos; la ventaja nos dará una gran victoria.

ESCARO

Vamos a marcarles las espaldas y atraparlos como a liebres, por detrás.

Al que huye divierte zurrarle.

ANTONIO

Un premio te daré por alentarnos y diez por ese arrojo. ¡Ven conmigo!

ESCARO

Te sigo renqueando.

[Salen.]

ESCENA VIII

[Clarines y tambores. Vuelve a entrar ANTONIO, marchando, con ESCARO y otros.]

ANTONIO

Los hemos rechazado hasta su campo. Corra alguien a contarle a la reina nuestra hazaña.

[Sale un SOLDADO.]

Mañana, antes que lo vea el sol, verteremos la sangre que ha escapado. A todos, gracias por ser tan denodados y no sólo luchar en buen servicio, sino hacer vuestra mi causa. Habéis sido unos Héctores. Entrad en la ciudad; abrazad mujer, amigos. Contadles vuestras gestas mientras su alegre llanto lava vuestra sangre coagulada y sus besos os sanan las heridas honorables.

[Entra CLEOPATRA.]

[A ESCARO] Dame la mano.

Voy a encarecerle a esta gran maga tus proezas, que te bendiga al darte gracias.

[A CLEOPATRA] ¡Luz del mundo, rodea mi cuello armado! Vestida como estás, ¡salta a mi corazón traspasando mi coraza y cabalga en mis latidos de victoria!

CLEOPATRA

¡Señor de señores! ¡Valentía infinita!

¿Regresas airoso y sonriente de la gran trampa del mundo?

ANTONIO

Ruiseñor mío, los hemos rechazado
hasta sus camas. ¡Muchacha! Aunque el gris
algo se mezcle con mi pelo castaño,
mi cerebro aún nutre mis fibras y puede
medirse con los jóvenes. Mira a este hombre.
Tu dulce mano confíale a sus labios.—
Bésala, guerrero.— Hoy ha combatido
como si un dios que odiara al ser humano
encarnado en él matase.

CLEOPATRA

Amigo, te daré una armadura de oro.
Fue de un rey.

ANTONIO

La merece, aunque estuviera engastada
como el carro del gran Febo. Dame la mano.
Marchemos gozosos por Alejandría;
con orgullo portemos los escudos abollados.
Si pudiera acampar en el palacio
toda nuestra hueste, cenaríamos todos
brindando por la suerte de mañana,
que anuncia peligro regio. ¡Que los clarines
la ciudad ensordezcan con su bronce,
se junten con redobles de tambor
y tierra y cielo resuenen entre sí
para aclamar nuestra llegada!

[Salen.]

ESCENA IX

[Entra el JEFE de la guardia con su compañía. Les sigue ENOBARBO.]

JEFE

Si de aquí a una hora no viene el relevo,
volveremos al cuerpo de guardia. La noche
está clara y debemos prepararnos
para este combate a las dos de la mañana.

CENTINELA 1.º

Ayer tuvimos un día muy duro.

ENOBARBO

¡Ah, noche, sé testigo...!

CENTINELA 2.º

¿Quién es este hombre?

CENTINELA 1.º

Escóndete y escucha.

ENOBARBO

Sé testigo, ¡ah, luna bendita!,
de que, cuando las crónicas recuerden
con horror a los traidores, el pobre
Enobarbo ante ti se arrepintió.

JEFE

¿Enobarbo?

CENTINELA 2.º

¡Calla! Escucha.

ENOBARBO

¡Ah, reina de la honda melancolía, vierte
sobre mí las brumas malsanas de la noche,
para que la vida, rebelde a mi deseo,
a mí no se aferre! Lanza mi corazón
contra el duro pedernal de mi pecado:

ya seco del dolor se volverá polvo
y acabarán mis viles pensamientos.
¡Ah, Antonio, más noble que ruin mi deserción!
Que me perdone tu persona,
y que el mundo me inscriba en sus anales
como siervo desertor y fugitivo.

¡Ah, Antonio, Antonio!

[Se desploma.]

CENTINELA 1.º

Vamos a hablarle.

JEFE

Habrá que escucharle, pues lo que dice
tal vez incumba a César.

CENTINELA 2.º

Muy bien, pero duerme.

JEFE

O se ha desmayado, pues su plegaria
no fue para dormir.

CENTINELA 1.º

Vamos a acercarnos.

CENTINELA 2.º

Despierta, despierta. Háblanos.

CENTINELA 1.º

¿Nos oyes?

JEFE

El brazo de la muerte le ha agarrado.

Tambores a lo lejos.

¿Oyes? Discretos, los tambores despiertan
al durmiente. Llevémosle al cuerpo de guardia.

Es hombre importante. Nuestra hora ya ha pasado.

CENTINELA 2.º

Vamos. Quizá vuelva en sí.

[Salen.]

ESCENA X

[Entran ANTONIO y ESCARO con el ejército.]

ANTONIO

Hoy se preparan para el mar;
por tierra no les gustamos.

ESCARO

Ni por mar, señor.

ANTONIO

Yo los combatiría hasta en el fuego
y en el aire. Escucha: la infantería
que se quede con nosotros en los montes
que bordean la ciudad (siguiendo
mis órdenes, la escuadra ya ha zarpado).
Desde lo alto observaremos su firmeza
y su ánimo en la lucha.

[Salen.]

ESCENA XI

[Entra CÉSAR con su ejército.]

CÉSAR

Si no nos atacan, quietos en tierra;
creo que así estaremos, pues su mejor gente
va en las galeras. ¡A los valles,

y mantened las mejores posiciones!

[Salen.]

ESCENA XII

[Fragor de batalla naval a lo lejos. Entran ANTONIO y ESCARO.]

ANTONIO

Aún no han chocado. Voy a observarlo todo desde ese pino. Pronto te informaré del cariz de la batalla.

[Sale.]

ESCARO

Las golondrinas anidaron en las naves de Cleopatra. Los augures dicen que no entienden; están sombríos y no osan pronunciarse. Antonio está brioso y abatido, y por rachas su fortuna dispar le da esperanza y miedo de lo que tiene y no tiene.

[Entra ANTONIO.]

ANTONIO

¡Todo perdido! Esta inmunda egipcia me ha traicionado. Mi escuadra se entrega al enemigo; lanzan sus gorros al aire y beben como amigos reencontrados.

¡Triple puta! Me has vendido a este novicio y mi pecho guerrea sólo contra ti.

¡Diles que huyan todos! Vengado de mi hechizo, habré acabado. ¡Diles que huyan! ¡Corre!

[Sale ESCARO.]

¡Ah, sol! Ya nunca te veré salir.

La fortuna y Antonio ya se alejan;
aquí nos despedimos. ¡Acabar así! Amigos
que me seguían cual perrillos, a los que nunca
negué nada, ahora babean de golosinas
sobre César floreciente, y está descortezado
el pino que se alzaba sobre ellos. ¡Traicionarme!
¡Perfidia de Egipto! Esta cruel hechicera,
cuyos ojos guiaban y traían mis ejércitos,
cuyo amor era mi laurel y mi fin último,
como buena gitana me enreda en su juego
hasta el fondo de mi ruina.— ¡Eh, Eros, Eros!

[Entra CLEOPATRA.]

¡Atrás, maleficio!

CLEOPATRA

¿Por qué Antonio se lanza así contra su amor?

ANTONIO

¡Fuera o te daré lo que mereces
y mancharé el triunfo de César! ¡Que te alce
a la vista de la plebe atronadora!
Ve tras su carro cual la gran infamia
de tu sexo; que te exhiban como a un monstruo
para goce de míseros e idiotas
y la sufrida Octavia te arañe bien el rostro
con las uñas afiladas.

[Sale CLEOPATRA.]

Menos mal que te has ido, si vivir
no es un mal. Mejor que cayeras en mi saña,
pues una muerte evita muchas. —¡Eh, Eros!—

Llevo puesta la túnica de Neso. ¡Enséñame
tu furia, antepasado Hércules!
A Licas colgaré en los cuernos de la luna
y con las manos que empuñaron la gran maza
destruiré mi noble ser. La bruja ha de morir.
Me ha vendido a ese crío romano, y yo
he caído en su enredo. Morirá. — ¡Eh, Eros!
[Sale.]

ESCENA XIII

[Entran CLEOPATRA, CARMIA, EIRA y MARDIÓN.]

CLEOPATRA

¡Mujeres, ayudadme! Está más furioso
que Telamón por su escudo; el jabalí
de Tesalia nunca estuvo tan rabioso.

CARMIA

¡Al mausoleo! Enciérrate allí
y avísale de que has muerto. Partirse
cuerpo y alma no es más desgarrador
que perder la grandeza.

CLEOPATRA

¡Al mausoleo! Mardión,
ve a decirle que me he dado la muerte;
que lo último que he dicho ha sido «Antonio»,
y en tono lastimero. Corre, Mardión,
y hazme saber cómo reacciona. ¡Al mausoleo!
[Salen.]

ESCENA XIV

[Entran ANTONIO y EROS.]

ANTONIO

Eros, ¿todavía me ves?

EROS

Sí, noble señor.

ANTONIO

A veces vemos una nube que es como un dragón,
un vapor que parece un león o un oso,
un castillo con sus torres, un peñón colgante,
un monte recortado, un promontorio azul
con árboles que se inclinan ante el mundo
y con aire burlan nuestros ojos. Tú lo has visto:
son escenas del oscuro anochecer.

EROS

Sí, mi señor.

ANTONIO

Si ahora es un caballo, en un soplo
la nube se disgrega y se confunde
como el agua hace con el agua.

EROS

Cierto, señor.

ANTONIO

Buen Eros, muchacho, tu capitán es ahora
un cuerpo así. Aún soy Antonio, mas, amigo,
no puedo retener forma visible.
Entré en guerra por Cleopatra, pero ella
—creí tener su corazón como ella tenía el mío,
que, cuando era mío, se había ganado un millón más,

y todos ya perdidos—; ella, Eros,
baraja para César y trampea con mi gloria
para darle el triunfo a un enemigo.

No llores, gentil Eros. Quedo yo
para yo mismo matarme.

[Entra MARDIÓN.]

¡Ah, tu vil señora!

¡Me ha dejado sin espada!

MARDIÓN

No, Antonio, ella te amaba y siempre unió
su suerte con la tuya.

ANTONIO

¡Eunuco insolente, fuera! ¡Calla!

Me ha traicionado y va a morir.

MARDIÓN

La deuda de la muerte se paga una vez
y ella la ha saldado. Lo que tú querías
lo han hecho por ti. Lo último que dijo
fue «¡Antonio! ¡Nobilísimo Antonio!»
Y entonces un gemido desgarró
el nombre de Antonio; quedó partido
entre corazón y labios. Dejó el mundo,
y en ella tu nombre sepultado.

ANTONIO

¿Ha muerto, dices?

MARDIÓN

Ha muerto.

ANTONIO

Eros, quítame la coraza. La tarea del día
ha terminado, y tenemos que dormir.—

Con salir vivo ya estás bien pagado. ¡Vete!

[Sale MARDIÓN.]

¡Vamos, quítamela! —

Ni el escudo de Áyax, de siete pieles, me protege
el corazón de un golpe así. ¡Pecho, rómpete!

Corazón, ¡sé más fuerte que mi pecho,
revienta tu envoltura! — Eros, date prisa.—

Soldado ya no soy. Adiós, maltrecha coraza,
te llevé con nobleza.— Déjame un momento.

[Sale EROS.]

Voy a alcanzarte, Cleopatra; imploraré
perdón. Así tiene que ser, pues ahora
toda espera es un tormento. Extinguida ya
la luz, échate y no sigas. Ahora todo empeño
se malogra; hasta la fuerza se enmaraña
al esforzarse. Punto y acabamos.—

¡Eros! — Ya voy, mi reina.— ¡Eros! — ¡Espérame!

Donde las almas yacen sobre flores, iremos
airosos de la mano y los espectros mirarán.

Dido y Eneas perderán su comitiva
y toda la corte será nuestra.— ¡Ven, Eros! ¡Eros!

[Entra EROS.]

EROS

¿Qué desea mi señor?

ANTONIO

Desde que ha muerto Cleopatra
vivo en tal deshonra que los dioses
detestan mi bajeza. Yo, que con mi acero
cuarteaba el mundo y en la verde espalda de Neptuno
hacía de flotas ciudades, confieso que me falta

el valor de una mujer y la nobleza
de la que con su muerte ha dicho a César:
«Yo soy mi vencedora.» Me juraste, Eros,
que, si al extremo se llegase, y se ha
llegado, de que viera tras de mí
el acoso inexorable de la infamia
y del horror, entonces tú por orden mía
habías de darme muerte. Hazlo; llegó la hora.
A mí no me hieres: derrotas a César.
Vamos, pon sangre en tus mejillas.

EROS

¡Guárdenme los dioses! ¿He de hacer
lo que las flechas de Partia, aunque enemigas,
errando el tiro no pudieron?

ANTONIO

Eros, ¿quieres desde una ventana ver en Roma
a tu señor así, atado, doblada
la cerviz, el semblante aniquilado
por la honda vergüenza, mientras delante de él
el carro de César venturoso marca a fuego
la abyección del que le sigue?

EROS

No quiero verlo.

ANTONIO

Entonces, ven. Una herida ha de curarme.
Desenvaina ese honorable acero
que a tu patria tanto ha honrado.

EROS

¡Señor, dispénsame!

ANTONIO

Cuando te liberé, ¿no me juraste
que lo harías? Pues hazlo de una vez,
o para mí los servicios que has prestado
serán mero accidente. ¡Desenvaina y ven aquí!

EROS

Vuelve entonces ese noble rostro
en que reside la veneración del mundo.

ANTONIO

Muy bien.

EROS

Ya he desenvainado.

ANTONIO

Entonces haz de una vez
lo que te ha hecho desenvainar.

EROS

Querido amo, capitán, emperador,
deja que te diga adiós antes de dar
este golpe sangriento.

ANTONIO

Está dicho. Adiós.

EROS

Adiós, gran amo. ¿Golpeo ya?

ANTONIO

Ya, Eros.

EROS

Pues, ¡hecho!

Se mata.

Así me libero del dolor
de haber dado muerte a Antonio.

ANTONIO

¡Más noble que yo tres veces! Valiente Eros,
me enseñas lo que yo debía hacer
y tú no has podido. Mi reina y Eros
con su bravo ejemplo me aventajan
en las crónicas de honor. Mas yo he de ser
el novio de mi muerte, que a ella corre
como a un lecho de amor. Vamos. Eros,
tu maestro muere tu discípulo. A hacer esto
[Cae sobre su espada.]
me enseñaste tú. ¿Cómo? ¿No muero, no muero?
¡A mí la guardia! ¡Rematadme!
[Entran SOLDADOS de la guardia y DERCETO].

SOLDADO 1.º

¿Qué ruido es ése?

ANTONIO

Amigos, no he hecho bien mi trabajo.

¡Ah, terminadlo vosotros!

SOLDADO 2.º

Ha caído el astro.

SOLDADO 1.º

Y el tiempo llega a su fin.

TODOS

¡Llanto y dolor!

ANTONIO

Quien me quiera, que me mate.

SOLDADO 1.º

¡Yo no!

SOLDADO 2.º

¡Ni yo!

SOLDADO 3.º

¡Ni nadie!

[Salen todos menos DERCETO].

DERCETO

Tu muerte y desventura los espanta.

Si llevo a César esta espada y la noticia,
entraré a su servicio.

[Entra DIOMEDES.]

DIOMEDES

¿Dónde está Antonio?

DERCETO

¡Ahí, Diomedes, ahí!

DIOMEDES

¿Está vivo? ¿Por qué no respondes, eh?

[Sale DERCETO con la espada de Antonio.]

ANTONIO

¿Estás ahí, Diomedes? Desenvaina
y hiere hasta matarme.

DIOMEDES

Mi gran señor,
mi reina Cleopatra me envía a ti.

ANTONIO

¿Cuándo te envió?

DIOMEDES

Ahora, señor.

ANTONIO

¿Dónde está?

DIOMEDES

En el mausoleo encerrada. Presentía
lo que ha ocurrido, pues, cuando vio
que sospechabas sin ningún motivo

que tenía pacto con César y que tu furia era incurable, te dio aviso de su muerte, mas, inquieta por su efecto, me ha enviado a que te diga la verdad. Me temo que he venido ya muy tarde.

ANTONIO

Muy tarde, Diomedes. Llama a mi guardia.

DIOMEDES

¡Eh, la guardia del emperador! ¡Aquí la guardia!

¡Llama vuestro jefe!

[Entran cuatro o cinco SOLDADOS de la guardia de Antonio.]

ANTONIO

Amigos, llevadme adonde está Cleopatra.

Es el último servicio que os ordeno.

SOLDADO 1.º

¡Ay de nosotros! No podrás sobrevivir a tus fieles servidores.

TODOS

¡Ah, día de dolor!

ANTONIO

Buenos amigos, no agradéis al infortunio honrándolo con penas. Si acogemos lo que viene a castigarnos, lo castigamos mostrándonos serenos. Levantadme.

Os conduje muchas veces; llevadme ahora, amigos, y recibid mis gracias.

[Salen llevando a ANTONIO.]

ESCENA XV

[Entran arriba CLEOPATRA y sus doncellas, con CARMIA y EIRA].

CLEOPATRA

¡Carmia, jamás saldré de aquí!

CARMIA

Ten ánimo, señora.

CLEOPATRA

No, no quiero.

Bienvenidos sean horrores y prodigios;

al consuelo, mi desdén. Mi pena,

a la medida de mi causa, es tan grande

como lo que la origina.

[Entra DIOMEDES abajo].

¿Qué hay? ¿Ha muerto?

DIOMEDES

Sobre él pende la muerte, mas aún alienta.

Mira al otro lado de tu mausoleo:

su guardia le ha traído hasta aquí.

[Entra abajo ANTONIO llevado por la guardia.]

CLEOPATRA

¡Ah, sol, arda la ancha esfera en que te mueves!

¡Quede en sombras la orilla mudable que es la tierra!

¡Ah, Antonio, Antonio! ¡Ayuda, Carmia! ¡Ayuda, Eira!

¡Ayudad los de abajo! ¡Subidle hasta aquí!

ANTONIO

¡Silencio! El valor de César no ha vencido a Antonio:

el de Antonio ha triunfado sobre sí.

CLEOPATRA

Así ha de ser: que nadie sino Antonio

venza a Antonio, pero, ¡qué dolor!

ANTONIO

Ya muero, reina, muero. Tan sólo
suplico a la muerte que me aguarde
hasta que de un millar de besos yo en tus labios
estampe el pobre último.

CLEOPATRA

No me atrevo, amor.

Perdóname, Antonio, no me atrevo,
no sea que me apresen. Conmigo
no va a engalanarse la escena triunfal
del radiante César. Si daga, tósigo, serpiente
hiere, mata o surte efecto, estoy a salvo.
Tu mujer, Octavia, de ojos pudorosos
y sentencia muda, no tendrá el honor
de mirarme con virtud. Mas ven, ven, Antonio.—
Ayudad, mujeres.— Debemos subirte.—
Ayudad, amigos.

ANTONIO

¡Date prisa, muero!

CLEOPATRA

¡Qué entretenimiento! ¡Y cómo pesa mi señor!
Mi fuerza se ha perdido en el pesar
y da más carga. Tuviera yo el poder de Juno,
Mercurio el alado te llevaría hasta arriba,
al lado de Júpiter.— Un poco más.
Quien sólo desea es bobo. Vamos, vamos, vamos.
[Suben a ANTONIO hasta CLEOPATRA].
¡Ah, por fin conmigo! Muere luego y vive antes;
revive con besos. Si tal poder tuvieran,
yo mis labios gastarí a besando.

TODA LA GUARDIA

¡Triste escena!

ANTONIO

Ya muero, reina, muero.

Dame vino y déjame que hable.

CLEOPATRA

No, deja que hable yo: para renegar tan alto
que la falsa e impúdica Fortuna
por mi ultraje romperá su rueda.

ANTONIO

Escucha, reina mía: con César
procura salvarte con honra. ¡Ah!

CLEOPATRA

Las dos cosas no van juntas.

ANTONIO

Óyeme, mi bien: de los de César
confía sólo en Proculeyo.

CLEOPATRA

Confiaré en mi firmeza y en mis manos;
de César, en nadie.

ANTONIO

No llores ni lamentos la desgracia
que acompaña a mi final; consuélate
trayendo a tu recuerdo mi anterior fortuna,
cuando era el príncipe más grande de este mundo,
el más noble. Y ahora no muero como un ruín,
ni cobardemente entrego el casco
al compatriota: soy un romano vencido
por sí mismo con bravura. Se me va la vida;
no puedo más.

CLEOPATRA

¿Tú quieres morir, el más noble?

¿Ya no cuento para ti? ¿Voy a quedarme

en esta oscura tierra, que sin ti

no es más que una pocilga? ¡Ah, mirad, mujeres!

La corona del mundo se deshace. ¡Mi señor!

[Muere ANTONIO.]

¡Ah, la flor de la guerra está marchita,

caído el estandarte! Niños y muchachas

valen ya por hombres. No queda diferencia,

y no podrá encontrar nada admirable

la visita de la luna.

CARMIA

¡Ah, calma, señora!

[Se desvanece CLEOPATRA.]

EIRA

¡También muere la reina!

CARMIA

¡Señora!

EIRA

¡Señora!

CARMIA

¡Señora, señora, señora!

EIRA

¡Majestad! ¡Emperatriz!

CARMIA

Calla, Eira, calla.

CLEOPATRA

Nada más que una mujer, y sometida

a la misma pasión que la que ordeña

y hace las faenas más humildes. Bien podría
tirar mi cetro a los hirientes dioses,
decirles que este mundo igualaba al de ellos
hasta que robaron nuestra joya. Nada vale:
resignarse es de necios; rebelarse,
de perros rabiosos. Entonces, ¿es pecado
lanzarse a la casa secreta de la muerte
antes que la muerte ose venir? ¿Estáis bien?
¡Vamos, tened ánimo! ¿Qué hay, Carmia?
¡Nobles muchachas! ¡Ah, mujeres! Mirad,
nuestra luz está apagada, no arde. ¡Animaos!
Enterrémosle; hagamos después lo grande y noble
según el alto proceder romano
y la muerte ha de acogernos con orgullo. Venid.
El cuerpo de este gran espíritu está frío.
¡Mujeres, venid! Nuestro solo amparo
es ahora el valor y el final más rápido.
Salen llevando el cadáver de Antonio.

ACTO QUINTO

ESCENA I

[Entra CÉSAR con su consejo de guerra: AGRIPA, DOLABELA, MECENAS, PROCULEYO y GALO].

CÉSAR

Vete a verle, Dolabela; dile que se rinda
y que, estando tan hundido, retrasarlo
es una extravagancia.

DOLABELA

Lo haré, César.

[Sale. Entra DERCETO con la espada de Antonio.]

CÉSAR

¿A qué viene esto? ¿Y quién eres tú
que osas presentarte así?

DERCETO

Me llamo Derceto.

He servido a Marco Antonio, el más digno
de ser el más servido. Mientras estuvo en pie
y habló, fue mi amo, y yo empleé mi vida
contra sus enemigos. Si a bien tienes
aceptarme, igual que fui con él,
seré con César. Si no te complace,
te entrego mi vida.

CÉSAR

Pero, ¿qué dices?

DERCETO

Digo, César, que Antonio ha muerto.

CÉSAR

Al romperse un hombre así, tendría
que haber un gran estruendo. La tierra
tenía que haber lanzado leones a las calles
y a la gente a sus guaridas. La muerte de Antonio
no es una ruina aislada: en su nombre
estaba una mitad del mundo.

DERCETO

Ha muerto, César, y no
por el brazo ejecutor de la justicia,
ni por un puñal de esbirro: la misma mano

que escribió el honor de sus hazañas
es la que, con el arrojó de su pecho,
le ha partido el pecho. Ésta es su espada;
se la robé a su herida. Mírala: teñida
con su sangre nobilísima.

CÉSAR

¿Estáis tristes, amigos?

Ríñanme los dioses, mas tal noticia
bañaría los ojos de un rey.

AGRIPA

Lo asombroso es que el sentimiento
nos obligue a lamentar lo que anhelábamos.

MECENAS

Lacras y honores en él se equiparaban.

AGRIPA

Nunca guió a la humanidad
un alma tan digna, mas los dioses nos dais
defectos para hacernos hombres. César se conmueve.

MECENAS

Teniendo delante un ancho espejo,
ha de mirarse en él.

CÉSAR

¡Ah, Antonio! Te he llevado a esto, mas el cuerpo
doliente hay que sajarlo. Por fuerza
tenía que mostrarte mi hundimiento
o ver el tuyo. El ancho mundo no podía
albergarnos a los dos. Mas déjame llorarte,
con lágrimas tan vivas cual la sangre
de nuestro corazón, a ti, mi hermano y asociado
en las más altas empresas y el imperio,

amigo y compañero en la vanguardia,
brazo de mi cuerpo, y corazón en el que el mío
encendía sus pensamientos; y lamentar
que nuestros astros adversos hayan dividido
así nuestra igualdad. Amigos, escuchadme...

[Entra un EGIPCIO.]

Os lo diré en momento más propicio.

El aspecto de este hombre es apremiante;
oigamos lo que cuenta.— ¿De dónde eres?

EGIPCIO

Soy un pobre egipcio. La reina mi señora,
desde lo único que tiene, el mausoleo,
desea conocer tus intenciones
para, ya preparada, acomodarse
a lo que ahora se le imponga.

CÉSAR

Dile que tenga ánimo;
que pronto ha de saber por uno de los míos
lo honorables y benévolas que son
mis decisiones. Pues César no podría
comportarse con dureza.

EGIPCIO

¡Los dioses te guarden!

[Sale.]

CÉSAR

Ven, Proculeyo. Ve a decirle
que no pienso deshonrarla. Confórtala
según requiera el carácter de su angustia,
no sea que en su grandeza ahora me burle
con un golpe mortal: llevarla viva a Roma

hará inmortal mi triunfo. Corre,
y a toda prisa tráeme su respuesta
y cuéntame cómo la ves.

PROCULEYO

Sí, César.

CÉSAR

Galo, acompáñale.

[Salen PROCULEYO y GALO].

¿Dónde está Dolabela, para ir con Proculeyo?

TODOS

¡Dolabela!

CÉSAR

Dejadle, pues ahora he recordado
en qué se ocupa. Llegará en su momento.
Venid a mi tienda; os mostraré cómo fui
arrastrado a esta guerra a pesar mío,
la calma y cortesía con que siempre
procedí en mis cartas. Venid conmigo
y veréis lo que puedo enseñaros.

[Salen.]

ESCENA II

[Entran CLEOPATRA, CARMIA y EIRA.]

CLEOPATRA

Mi desolación ya me encamina
a una vida mejor. ¡Qué pobre es ser César!
Él no es la Fortuna: tan sólo su esclavo
y cumplidor de sus deseos. Lo grandioso

es hacer lo que concluye toda acción,
encadena todo azar y obstruye cambios,
lo que duerme y ya no saborea lo que da
la tierra, que nutre a César y al mendigo.

[Entra PROCULEYO.]

PROCULEYO

César envía un saludo a la reina de Egipto
y le ruega que piense en los favores
que él puede concederle.

CLEOPATRA

¿Cómo te llamas?

PROCULEYO

Proculeyo.

CLEOPATRA

Antonio te mencionó; me dijo que podía
fiarme de ti, mas poco importa que me engañen,
pues la confianza no me sirve. Si tu amo
quiere una reina pedigüeña, dile
que la majestad, si actúa con decoro,
no debe pedir menos que un reino. Si le place
darle a mi hijo el Egipto conquistado,
me dará tanto de lo mío que yo
de rodillas he de agradecersele.

PROCULEYO

Ten ánimo. Estás

en manos principescas. No temas nada.

Pon tu entera confianza en mi señor:

tanta es su magnanimidad que se desborda
sobre quien la necesita. Permite que le informe
de tu dulce sumisión y verás

a un victorioso que ruega que le ayude a ser bueno
quien le pide clemencia de rodillas.

CLEOPATRA

Te lo suplico, dile
que me someto a su fortuna y que acato
la grandeza que ha adquirido. Cada hora aprendo
lecciones de obediencia y desearía
mirarle cara a cara.

PROCULEYO

Se lo diré, mi señora.
Anímate, pues sé que tu dolor
lo deplora su causante.
[Entra GALO con soldados.]
Ya véis lo fácil que es capturarla.
Custodiadla hasta que venga César.

EIRA

¡Soberana!

CARMIA

¡Ah, Cleopatra, Majestad, estás presa!

CLEOPATRA

¡Pronto, manos mías!

[Saca un puñal.]

PROCULEYO

¡Alto, noble dama, alto!

[La desarma.]

No te hagas ese daño: estás
rescatada, no traicionada.

CLEOPATRA

¿También de la muerte,
que libra a nuestros perros de dolencias?

PROCULEYO

Cleopatra, no agravies la largueza
de mi amo quitándote la vida.

Vea el mundo cómo ejerce una nobleza
que tu muerte impediría que se mostrase.

CLEOPATRA

¿Dónde estás, muerte?

¡Ven aquí, ven! ¡Ven, ven y llévate a una reina
que vale muchos mendigos y criaturas!

PROCULEYO

¡Ah, modérate, señora!

CLEOPATRA

Señor, no tomaré alimento, ni bebida;
si es preciso, diré trivialidades
con tal de no dormir. Esta casa mortal
derribaré, quiera o no César. Señor:
no seré una sierva maniatada en vuestra corte,
ni va a reñirme el ojo pudoroso
de la insulsa Octavia. ¿Que van a alzarme en brazos
y mostrarme a la plebe vocinglera
de una Roma acusadora? ¡Antes una zanja
de Egipto sea mi dulce fosa! ¡Antes desnuda
sobre el lodo del Nilo y que las moscas
críen sobre mí hasta dar asco! ¡Antes hágase
una horca con nuestras altas pirámides
y, encadenada, que me cuelguen!

PROCULEYO

Agrandas tus imágenes de horror
mucho más de lo que César da motivo.

[Entra DOLABELA.]

DOLABELA

Proculeyo, nuestro amo, César,
sabe lo que has hecho y desea que vayas.

A la reina yo la custodiaré.

PROCULEYO

Lo haré muy complacido, Dolabela.

Trátala bien.— Si quieres confiármelo,
a César le diré lo que desees.

CLEOPATRA

Dile que quiero morir.

[Sale PROCULEYO con GALO y los soldados].

DOLABELA

Mi noble emperatriz, ¿has oído hablar de mí?

CLEOPATRA

No sé.

DOLABELA

Seguro que me conoces.

CLEOPATRA

Señor, da igual lo que haya oído o conozca.

Tú ríes cuando niños y mujeres
te cuentan sus sueños. ¿No es tu costumbre?

DOLABELA

No entiendo, señora.

CLEOPATRA

Soñé que había un emperador Antonio.

¡Ah, querría dormir de nuevo para ver
a un hombre igual!

DOLABELA

Si me permites...

CLEOPATRA

Su rostro era como el cielo, y en él
un sol y una luna que, girando,
alumbraban la menuda «o», la Tierra.

DOLABELA

Excelsa criatura...

CLEOPATRA

Sus piernas cabalgaban el océano; su brazo
en alto fue cimera del mundo; su voz sonaba
a sus amigos con la armonía de las esferas,
mas, si quería espantar o sacudir el orbe,
era el retumbar del trueno. En su largueza
no había invierno: él era un otoño
que crecía más segándolo. Sus placeres,
cual delfines, mostraban la espalda por encima
del elemento en que vivían. En su séquito
iban coronas y diademas; reinos e islas
eran como plata caída de su bolsa.

DOLABELA

Cleopatra...

CLEOPATRA

¿Crees que hubo o puede haber un hombre
igual que el que soñé?

DOLABELA

Noble dama, no.

CLEOPATRA

¡Mientes, y los dioses han de oírlo!
Mas si hubo o hay un hombre así, es más grande
que los sueños. La naturaleza no tiene
con qué emular la fantasía en raras formas;
pero imaginar a un Antonio sería una obra maestra

natural que anularía toda ilusión.

DOLABELA

Escúchame, señora. Tu pérdida
es, como tú misma, grande, y la llevas
acorde con su peso. Ojalá que nunca
alcance yo mis metas si no siento,
por el reflejo del tuyo, un dolor
que me aflige hasta el fondo de mi alma.

CLEOPATRA

Te lo agradezco. ¿Sabes
lo que César se propone hacer conmigo?

DOLABELA

Me resisto a decirte lo que deseo que sepas.

CLEOPATRA

Vamos, te lo ruego.

DOLABELA

Por noble que él sea...

CLEOPATRA

... me llevará en su triunfo.

DOLABELA

Señora, lo hará. Lo sé.

[Clarines. Entran PROCULEYO, CÉSAR, GALO, MECENAS y otros del séquito.]

TODOS

¡Paso a César!

CÉSAR

¿Quién es la reina de Egipto?

DOLABELA

Es el emperador, señora.

[CLEOPATRA se arrodilla.]

CÉSAR

¡En pie! No estés de rodillas.

Te ruego que te alces. Álzate, reina.

CLEOPATRA

Señor, así lo quieren los dioses.

A mi amo y señor he de obedecerle.

[Se levanta.]

CÉSAR

No temas nada hostil.

El índice de agravios que me has hecho,
aunque escrito en nuestras carnes, será visto
como efecto del azar.

CLEOPATRA

Único señor del mundo,
yo no sé explicar mi causa con tal arte
que demuestre mi inocencia, mas confieso
haber caído en flaquezas que a menudo
han sido la deshonra de mi sexo.

CÉSAR

Cleopatra: antes que endurecer pienso atenuar.

Si te avienes a mis planes, que son
de lo más benévolo contigo, obtendrás
ganancia con el cambio. Mas si aspiras
a imputarme crueldad siguiendo tú
el camino de Antonio, te privarás
de mis buenas intenciones, y tus hijos
sufrirán una ruina de la que los libraré
si en mí confías. Me retiro.

CLEOPATRA

¡Al mundo entero! Tuyo es, y yo,

tu trofeo y signo de conquista, luciré
donde tú quieras colgarme. Toma esto, señor.

CÉSAR

En lo que afecte a Cleopatra, oiré tu consejo.

CLEOPATRA

Es la lista de dinero, plata y joyas
que poseo, cabalmente valoradas,
excepto menudencias. ¿Y Seleuco?

[Entra SELEUCO.]

SELEUCO

Aquí, señora.

CLEOPATRA

Es mi tesorero. Señor,
que responda de que no me he reservado
cosa alguna. Di la verdad, Seleuco.

SELEUCO

Señora, antes coserme la boca
que responder de lo que es falso.

CLEOPATRA

¿Qué me he guardado yo?

SELEUCO

Lo bastante para comprar lo que declaras.

CÉSAR

No te sonrojes, Cleopatra. Yo apruebo
la cordura de tu acción.

CLEOPATRA

¡Ya ves, César! ¡Ah, mira
cómo sirven al poder! Los míos serán tuyos
e, invirtiendo nuestra suerte, los tuyos serían míos.
La ingratitud de este Seleuco me pone

hecha una furia. ¡Ah, ruin y menos de fiar
que amor en venta! ¿Qué, me huyes?
¡Seguro que has de huirme! Mas, aunque tengan alas,
yo te apresaré los ojos. ¡Vil, desalmado!
¡Perro! ¡Ruin de ruines!

CÉSAR

Reina, déjame que te suplique.

CLEOPATRA

¡Ah, César, qué vergüenza tan hiriente!
Te dignas venir a visitarme,
haciéndole el honor de tu grandeza
a esta humilde, y mi propio servidor
aumenta la suma de mis males
añadiendo su maldad. César, ¿y si me hubiera
reservado unas cosillas de mujer,
minucias sin valor, pequeñeces
para obsequiar a las amigas? ¿Y si hubiera
guardado alguna prenda más valiosa
para Livia y Octavia por lograr
su mediación? ¿Por eso ha de traicionarme
uno al que he criado? ¡Dioses! Me hunde
más que mi caída.— Anda, vete
antes que asomen las brasas de mi ánimo
en las cenizas de mi suerte. Si fueras hombre,
yo habría de darte lástima.

CÉSAR

Retírate, Seleuco.

[Sale SELEUCO.]

CLEOPATRA

Sépanlo todos: a los grandes se nos juzga

por errores ajenos y, caídos,
respondemos de las culpas de otros.

Por eso se nos debe lástima.

CÉSAR

Cleopatra, ni lo que has guardado o declarado
constará como despojo. Tuyo sea,
empléalo como gustes y cree esto:

César no es un mercader que regatee
contigo precio alguno. Así que, ten ánimo.

Tus ideas no sean prisiones. No, querida reina,
pues me propongo disponer lo tuyo
según tus consejos. Come y duerme.

El desvelo y compasión que en mí despiertas
me hace ser tu amigo. Y ahora, adiós.

CLEOPATRA

¡Señor y amo!

CÉSAR

Nada de eso. Adiós.

Clarines. Salen CÉSAR y su séquito.

CLEOPATRA

Ya veis, palabras y palabras para que yo
no haga lo que es noble. Carmia, escucha.

[Le habla al oído.]

EIRA

Termina, Majestad. El claro día se apaga
y vamos a las sombras.

CLEOPATRA

Vuelve pronto. Ya lo he dicho
y está preparado. Hazlo aprisa.

CARMIA

Sí, señora.

Entra DOLABELA.

DOLABELA

¿Y la reina?

CARMIA

Mírala.

[Sale.]

CLEOPATRA

¡Dolabela!

DOLABELA

Señora, pues lo juré por orden tuya
(y mi afecto hace sagrada la obediencia),
te digo esto: César viajará
cruzando Siria y, de aquí a tres días,
te enviará delante con tus hijos.

Haz de esto lo que puedas. Yo cumplo
tu deseo y mi promesa.

CLEOPATRA

Dolabela, seré tu gran deudora.

DOLABELA

Y yo servidor tuyo. Adiós, Majestad.

He de servir a César.

CLEOPATRA

Adiós y gracias.

[Sale DOLABELA].

Bien, Eira, ¿qué te parece?

Te mostrarán en Roma, igual que a mí,
como un títere egipcio. Rudos operarios
con mandiles pringosos, reglas y martillos,
nos alzarán bien a la vista. Envueltas

en su aliento, que apesta a dieta inmunda,
tragaremos sus vapores.

EIRA

¡Los dioses nos guarden!

CLEOPATRA

No lo dudes, Eira. Descarados lictores
nos prenderán como a golfas, y ruines copleros
nos cantarán disonantes. Los cómicos
nos improvisarán trayendo a escena
las fiestas de Alejandría, a Antonio
exhibirán borracho y un crío chillón
hará Cleopatra ñeando mi grandeza
en postura de una zorra.

EIRA

¡Santos dioses!

CLEOPATRA

No lo dudes.

EIRA

Yo no lo veré. Seguro que mis uñas
son más fuertes que mis ojos.

CLEOPATRA

Es el modo de burlar sus previsiones
y vencer sus propósitos absurdos.

[Entra CARMIA.]

¡Ah, Carmia!

Mujeres, mostradme como reina. Traed
mis mejores galas. Vuelvo al Cidno
a reunirme con Antonio. Vamos, Eira.
Noble Carmia, en seguida acabaremos
y, al final de esta labor, podrás jugar

hasta el día del juicio. Tráeme la corona y todo.

[Sale EIRA.]

Ruido dentro.

¿Qué ruido es ése?

[Entra un SOLDADO de la guardia.]

SOLDADO

Aquí hay un rústico empeñado

en verte en persona, Majestad.

Te trae higos.

CLEOPATRA

Que pase.

Sale el SOLDADO.

¡Ah, que tan pobre instrumento

sirva para un acto noble...! Me trae libertad.

Mi resolución es firme, y en mí

no hay mujer: de los pies a la cabeza

soy puro mármol. La luna mudable

ya no es mi astro.

[Entran el SOLDADO y el RÚSTICO.]

SOLDADO

Éste es el hombre.

CLEOPATRA

Vete y déjalo aquí.

Sale el SOLDADO.

¿Traes la linda culebra del Nilo

que mata sin dolor?

RÚSTICO

Ya lo creo, pero yo no sería de los que quieren que la toques, pues su mordisco es inmortal. Los que mueren de eso rara vez o nunca se reponen.

CLEOPATRA

¿Te acuerdas de alguien que se haya ido con eso?

RÚSTICO

De muchísimos: hombres y también mujeres. Ayer, sin ir más lejos, una mujer honrada (aunque algo dada al enredo, que si no es el de mentir, no es de mujer decente) me habló de cómo se fue con el mordisco y del dolor que sintió. La verdad es que habla muy bien de la bicha, aunque el que crea todo lo que dicen nunca se salvará por la mitad de lo que hacen. Pero lo que es infalible es que la bicha es una bicha rara.

CLEOPATRA

Adiós, puedes marcharte.

RÚSTICO

Que disfrutes de la bicha.

CLEOPATRA

Adiós.

RÚSTICO

Tú descuida, ¿eh?, que la bicha hará lo suyo.

CLEOPATRA

Sí, sí. Adiós.

RÚSTICO

Y oye: que sólo esté al cuidado de gente con seso, que, de veras, la bicha es cosa mala.

CLEOPATRA

No te preocupes; ya nos cuidaremos.

RÚSTICO

Muy bien. Y oye, no le des de comer: no merece la pena.

CLEOPATRA

¿Va a comerme a mí?

RÚSTICO

No me creerás tan simple que no sepa que ni el mismo diablo se come a una mujer. Sé que una mujer es manjar de dioses si no la aliña el diablo. Pero, de veras, esos putos diablos le hacen mucho daño a los dioses con sus mujeres, pues, de cada diez que hacen, los diablos estropean a cinco.

CLEOPATRA

Muy bien, vete. Adiós.

RÚSTICO

Sí, claro. Que disfrutes de la bicha.

[Sale. Entra EIRA con las vestiduras regias.]

CLEOPATRA

Dame la túnica. Ponme la corona. Tengo

ansias inmortales. Nunca más el jugo

de uva egipcia mojará estos labios.

¡Vamos, Eira, rápido! Parece

que me llama Antonio. Le veo alzarse

y alabar mi noble acción. Le oigo reírse

de la suerte de César, que los dioses dan al hombre

para luego exculpase del castigo. ¡Ya voy, esposo!

¡Mi valor me autorice a usar tal nombre!

Soy fuego y aire; mis otros elementos

los doy a la vida ruin. ¿Qué, ya está?

Entonces tomad el último calor de mis labios.

Adiós, querida Carmia. Eira, un largo adiós.

[Las besa. EIRA cae muerta.]

¿Tengo el áspid en los labios? ¿Mueres?

Si tú y la vida os separáis con tal dulzura,

el golpe de la muerte es cual pellizco de amante,

que duele y se desea. ¿Yaces tan quieta?

Si así te vas, le estás diciendo al mundo

que no merece despedida.

CARMIA

¡Disuélvete en lluvia, nube espesa,

que yo pueda decir que hasta los dioses lloran!

CLEOPATRA

Esto me envilece.

Si el pulcro Antonio ve primero a ella,
cuando le pregunte, le dará el beso

que sería mi paraíso. Ven, ser mortal;

[Se aplica el áspid al pecho.]

deshaz con tus colmillos este nudo
inextricable de la vida. Pobre venenoso,

enójate y acaba. ¡Ojalá hablaras

para oírte decir que el magno César

es un tonto sin astucia!

CARMIA

¡Estrella de Oriente!

CLEOPATRA

¡Calla, chss...!

¿No ves que la criatura toma el pecho
y adormece a la nodriza?

CARMIA

¡Ah, estalla, estalla!

CLEOPATRA

Grato como un bálsamo, suave como brisa,
tierno... — ¡Ah, Antonio! — Tú ven también.

[Se aplica otro áspid al brazo.]

¿Por qué esperar...?

Muere.

CARMIA

¿... en este mundo vil? Adiós.

Ufánate, muerte: en tu poder yace ahora
una muchacha sin par. Suaves cortinas, cerraos,
y, Febo radiante, ¡nunca más te miren
tan reales ojos! Tu corona está torcida.

Te la pongo derecha y después juego...

[Entran los SOLDADOS de la guardia precipitadamente.]

SOLDADO 1.º

¿Dónde está la reina?

CARMIA

Habla bajo. No la despiertes.

SOLDADO 2.º

César ha enviado...

CARMIA

... un mensajero muy lento.

[Se aplica un áspid.]

¡Pronto, aprisa! Creo que te siento.

SOLDADO 1.º

¡Ven aquí! Algo no va bien. Han burlado a César.

SOLDADO 2.º

César envió a Dolabela. ¡Llámallo!

[Sale un soldado.]

SOLDADO 1.º

¿Qué es esto, Carmia? ¿Te parece bien?

CARMIA

Muy bien, y digno de una soberana

que descendía de tantos reyes.

¡Ah, soldado!

[Muere. Entra DOLABELA.]

DOLABELA

¿Qué ocurre aquí?

SOLDADO 2.º

Todas muertas.

DOLABELA

César, lo que imaginabas

se ha consumado. Llegas para ver
realizada la acción tan temida
que deseabas impedir.

Entra CÉSAR con todo su séquito en marcha.

TODOS

¡Paso, paso a César!

DOLABELA

¡Ah, señor! Eres un augur infalible.

Lo que temías se ha cumplido.

CÉSAR

Grande hasta el final.

Adivinó mi propósito y, al ser reina,
tomó su camino. ¿Cómo han muerto?

No las veo sangrar.

DOLABELA

¿Quién fue el último que estuvo con ellas?

SOLDADO 1.º

Un pobre hortelano que le trajo higos.

Aquí está la cesta.

CÉSAR

Envenenados.

SOLDADO 1.º

César, esta Carmia aún vivía; estaba en pie,
hablaba. La vi poniendo bien la corona
a su difunta reina. Estaba temblando
y, de pronto, cayó al suelo.

CÉSAR

¡Ah, noble flaqueza!

De haberse envenenado, se vería
una hinchazón externa, mas parece dormida

cual si fuera a atrapar a otro Antonio
en las redes de su encanto.

DOLABELA

Aquí en el pecho hay un hilo de sangre
y algo que ha quedado. En el brazo, igual.

SOLDADO 1.º

Es el rastro de un áspid, y en estas hojas
de higuera hay una baba, como la que el áspid
deja en las cuevas del Nilo.

CÉSAR

Seguramente murió así, pues su médico
me dijo que, a través de muchas pruebas,
buscaba un modo fácil de morir. Llevadla
en su lecho y sacad del mausoleo a sus mujeres.

Será enterrada junto a Antonio.

No habrá tumba en el mundo que encierre
a pareja tan famosa. Sucesos tan grandes
afectan a quienes los causan; la pena
que inspira su historia no es menor que el renombre
de quien la hizo lamentable. Nuestras fuerzas
asistan solemnemente a las exequias.

Después, a Roma. Dolabela, hazte cargo
de la pompa y ceremonia de este acto.

[Salen todos.]

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

